

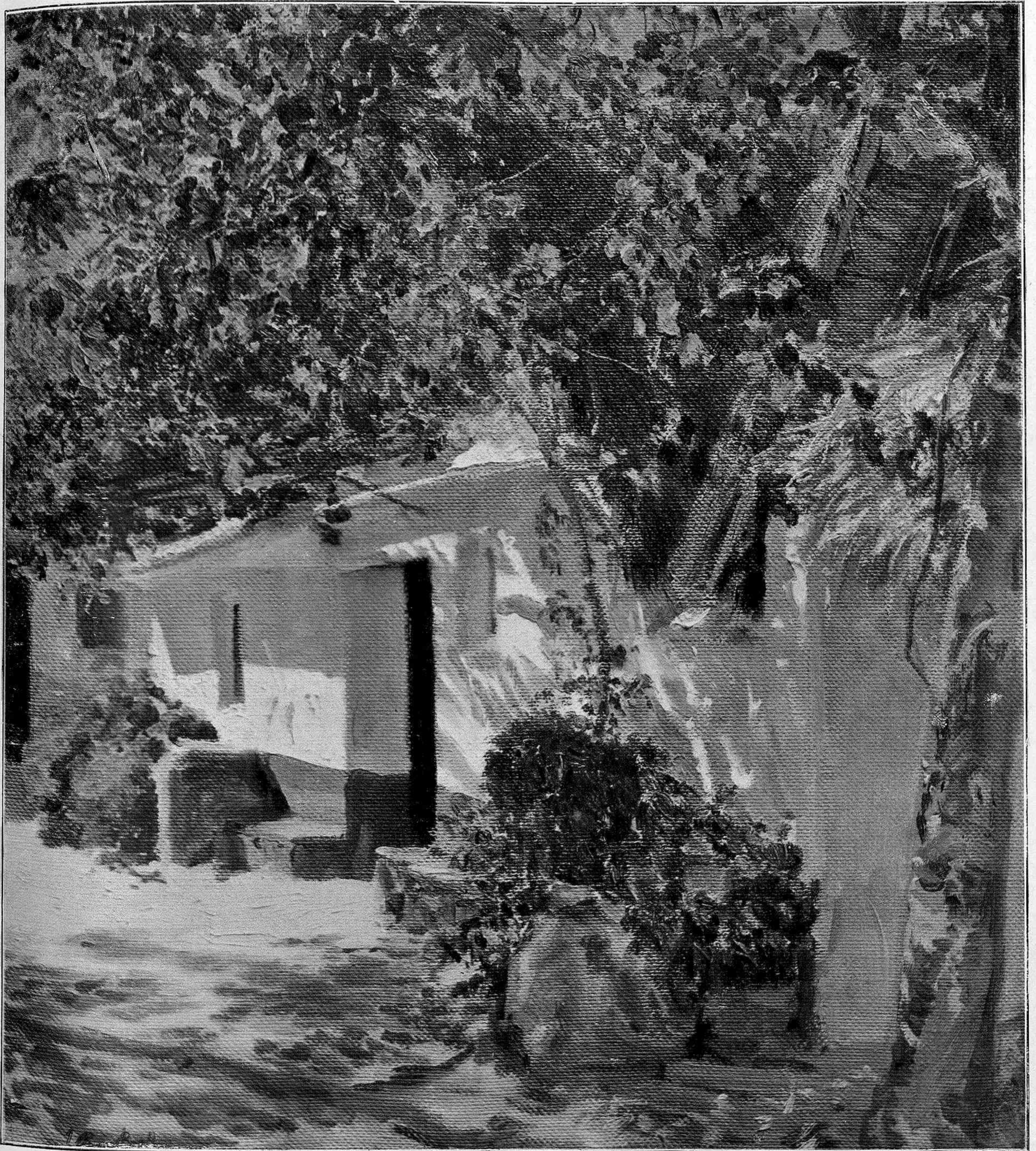
2 NOV 1928

BIENOS DE

La Esfera

Año X N.º Núm. 513

Precio: Una peseta



SOL DE DOMINGO, cuadro original de Julio Peris Brell

¿Es Ud. fabricante de mercancía anónima?

Entonces Ud. es la víctima en todas las crisis económicas, el escogido por comerciantes poco escrupulosos, acaparadores y saldistas para obtener mercancías á bajo precio.

Sacrificar los precios hasta suprimir la utilidad, soportar una constante competencia, cuesta más disgustos y más dinero que desarrollar las ventas por medio de una campaña de propaganda juiciosa dirigida al público.

Una marca acreditada vale un tesoro

constituye la independencia económica del fabricante, disminuye el esfuerzo, regula el costo de producción y normaliza las ventas. Convierte, en fin, al industrial en dueño de su industria.

Lo que gaste en PUBLICIDAD es capital que le producirá seguros rendimientos.

Pida datos y presupuestos hoy mismo á

“PUBLICITAS”

Agencia Internacional de Anuncios

Publicidad en todos los diarios, revistas, almanaques, anuarios, etc. del mundo entero.

Ideas nuevas y originales para anunciar. Distribución, Administración, Redacción, Planeamiento y Edición de toda clase de Publicidad. Talleres de arte comercial.

Organización á la moderna

montada con todos los medios que exigen los novísimos métodos para una

Publicidad de seguros y positivos resultados

MADRID

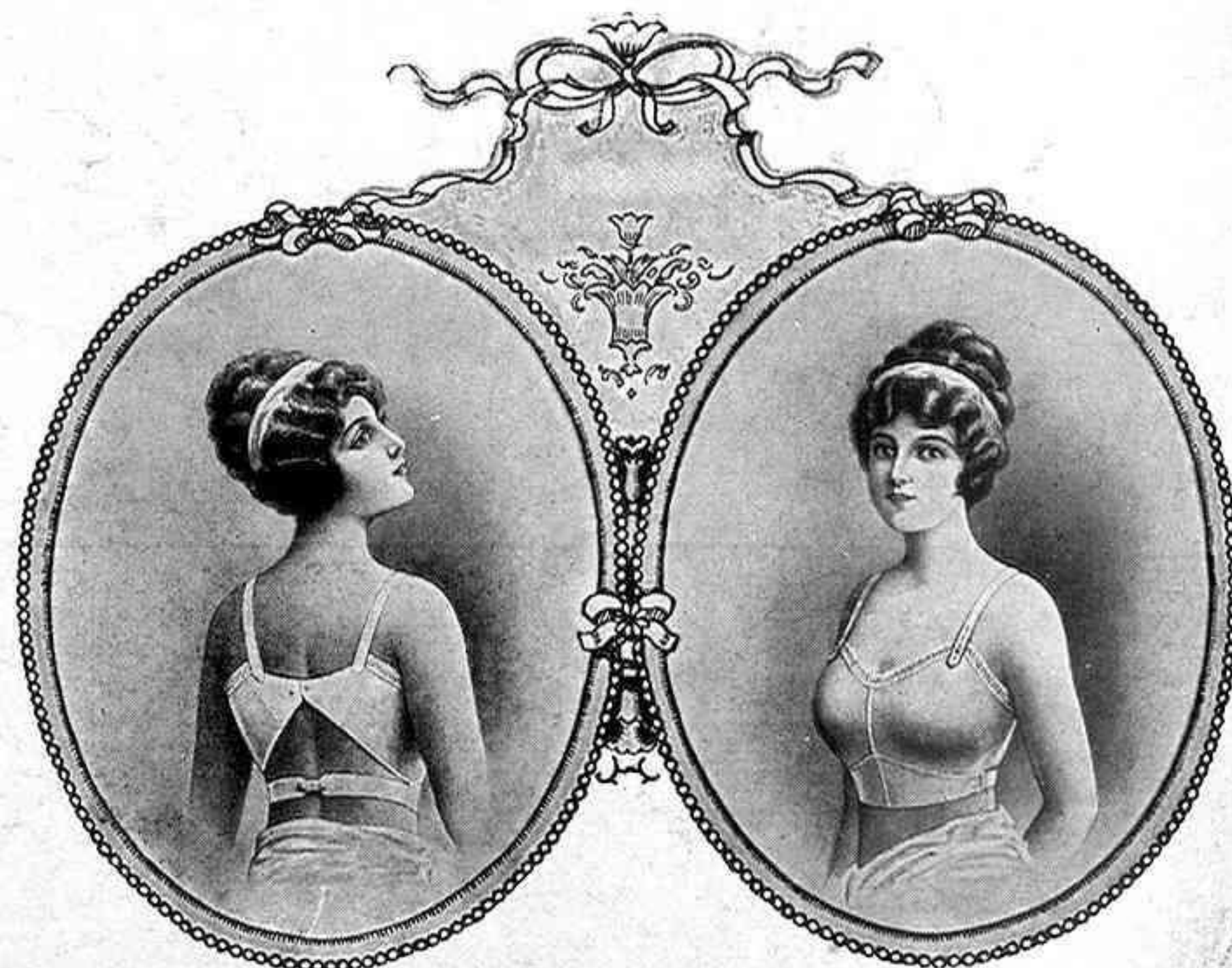
Avenida Conde Peñalver, 13, entl.
Apartado 911.—Teléf.º 61-46 M.

Estudio «HELIOS»

BARCELONA

Ronda de San Pedro, 11, pral.
Apartado 228.—Teléf.º 14-79 A.

Estudio «FAMA»



HAUTANA ES EL PERFECTO SOSTENEDOR DE PECHO CONFECCIONADO EN DIVERSAS CALIDADES DE TEJIDOS DE PUNTO, DE ALGODON Y SEDA

El sostén HAUTANA es dechado de perfección y elegancia, de corte inimitable y confección esmeradísima

BARCELONA: Villa de Pará, Fernando, 32; Grandes Almacenes «El Siglo».—MADRID: Almacenes Rodríguez, Gran Vía; Altisent y Compañía, Peligros, 20; Ruiz de Velasco, Mayor, 11.—SAN SEBASTIAN: Gregorio Landazábal, Garibay, 24.—GIJON: Piñera Hermanos, Corrida, 30.—AVILES: Casa Herminio.—CORUÑA: Constantino Fernández, San Andrés, 51.—VIGO: Albino Piñeiro, Príncipe, 1.—SEVILLA: Rafael Labat, Alvarez Quintero, 14

ÚNICOS IMPORTADORES:

Muller y Compañía. BARCELONA. Aviñó, 20. Apartado 51

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio «PESQUI». Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.



IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna

Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como artísticos, que los solicitados

Además de
EL JEFE POLÍTICO
lea usted

... A besos y á muerte

Los dos últimos magistrales libros de

"El Caballero Audaz"

Éxitos sin precedentes en la literatura española

PEDIDOS A

"RENACIMIENTO" Preciados, 46, Madrid

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

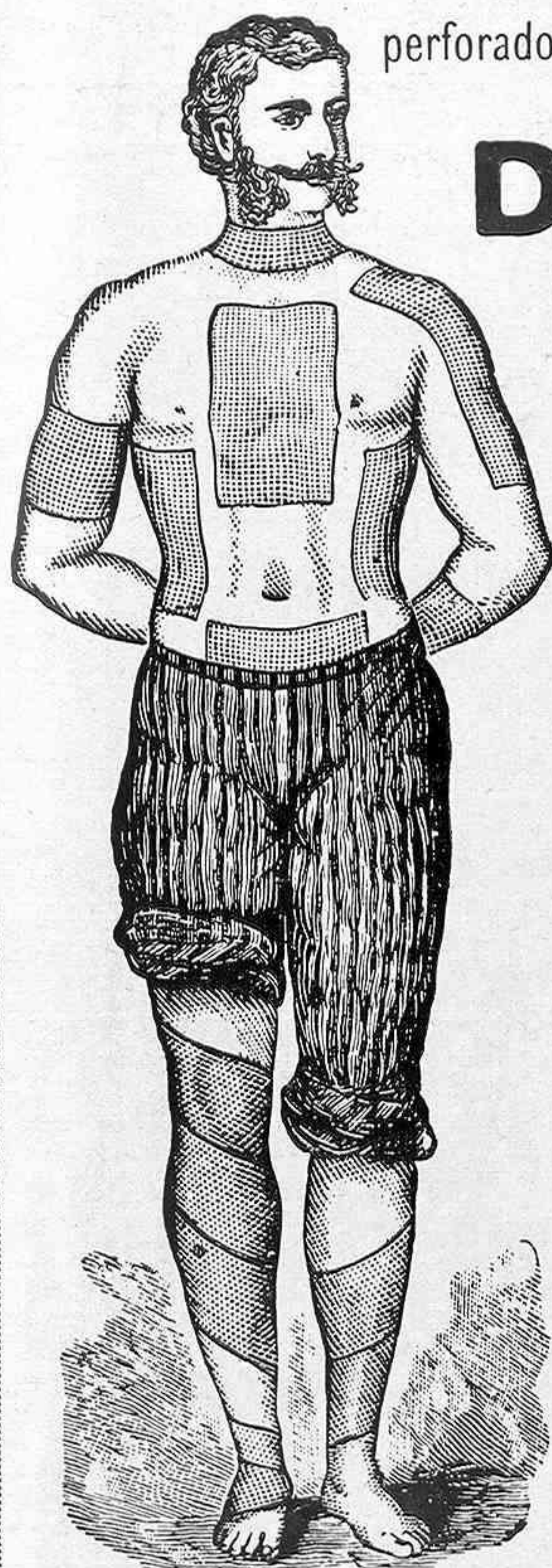
Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

¡¡ FIJARSE !! Esta es la
marca de los
EMPLASTOS



perforados americanos de fieltro rojo del

Dr. WINTER

Los Emplastos **CURAN** los catarros
de fieltro rojo Winter **CURAN** de pecho y
del Dr. Winter **CURAN** bronquitis.

Los Emplastos **CURAN** los dolores
de fieltro rojo Winter **CURAN** de los pulmo-
del Dr. Winter **CURAN** nes.

Los Emplastos **CURAN** reumatismos
de fieltro rojo Winter **CURAN** y dolores del
del Dr. Winter **CURAN** costado.

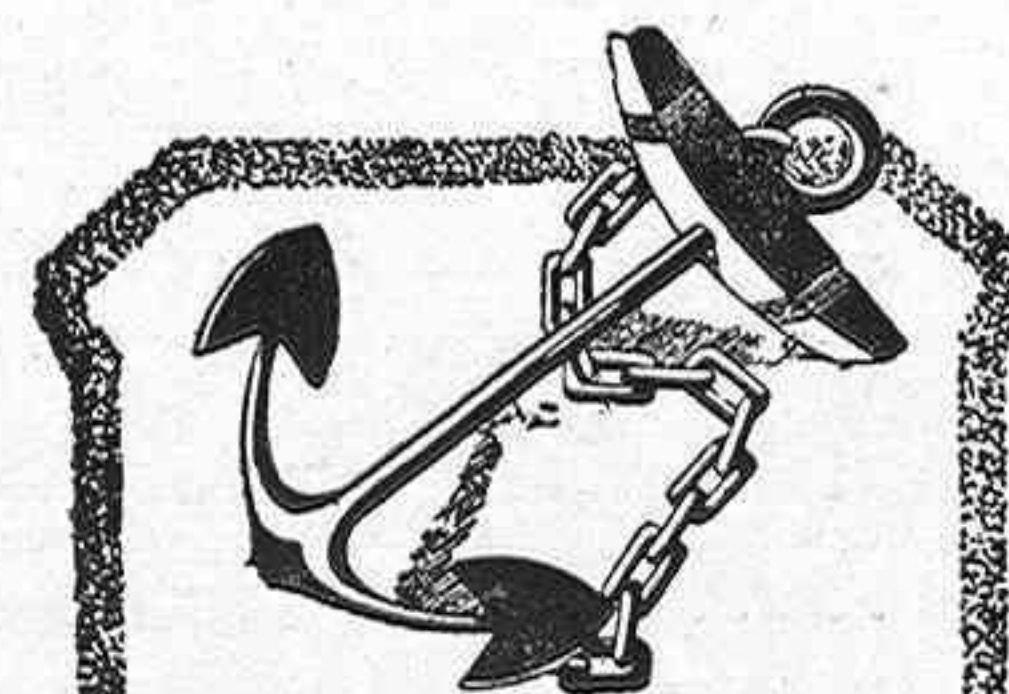
Los Emplastos **CURAN** los dolores de
de fieltro rojo Winter **CURAN** espalda, riñ-
del Dr. Winter **CURAN** ones y caderas.

Los Emplastos **CURAN** lumbago, ciá-
de fieltro rojo Winter **CURAN** tica, y otros
del Dr. Winter **CURAN** dolores de este
de fieltro rojo Winter **CURAN** género.

Los Emplastos **CURAN** los dolores
de fieltro rojo Winter **CURAN** dorsales de las
de fieltro rojo Winter **CURAN** señoras en sus perío-
de fieltro rojo Winter **CURAN** dos mensuales.

EXIJD ESTA MARCA en la cubierta de cada emplasto

PEDID EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS
Emplasto de fieltro rojo del Dr. Winter
¡Mucho cuidado con las imitaciones!



**EL ANCORA
DE SALVACION**
para los que sufren
del estómago y
de los intestinos
es la

**MAGNESIA
S. PELLEGRINO**

(PRODEL)

que purga
refresca
desinfecta
el cuerpo

Se vende en cajas
y frascos en todas
las farmacias

Exijase siempre la marca
del Santo Peregrino o
atravesada por la firma
PRODEL

CONCESIONARIOS Y DEPOSITARIOS
PARA ESPAÑA
Gimenez-Salinas y C^o
CLARIS III BARCELONA



Lea Ud. la hermosa
Revista de Modas

ELEGANCIAS

Publicación mensual
3 pesetas ejemplar

A. S-Isasia

PERLAS Japón

Joyero. Vitoria

Calle Dato, 24

Calle Dato, 39

Pendientes montura oro ley y Perlas Japón. Para señora, pesetas 48. Tamaño para niña, pesetas 36.

Collar. Largo, 40 centímetros, ptas. 47.50. De 50 centímetros, ptas. 56, y de 60 centímetros, ptas. 65.

Pendientes montura oro ley con Perlas Japón y un diamante. Tamaño para señora, ptas. 65. Tamaño para niña, ptas. 52.

Todos los collares llevan cierre oro ley 18 quilates.

NOTA El propietario de las Perlas Japón, Avelino S-Isasia, recibirá muy en breve a sus numerosos clientes en un afamado hotel de Madrid, lo que se anunciará oportunamente.



Luciendo collar con PERLAS JAPON

Precios excepcionales de propaganda SIN COMPETENCIA

Las **Perlas Japón**, universalmente conocidas por su belleza y calidad equivalente a llevar perlas legítimas, no nos hemos ocupado de anunciarlas antes por dicha causa, haciéndolo ahora para evitar que puedan ser confundidas con otras calidades de perlas. Las **Perlas Japón**, por su naturaleza y magnífico oriente, se confunden con las legítimas y satisfacen el gusto más exigente.

Hagan sus pedidos enviando su importe por Giro postal ó cheque al único joyero de España autorizado para la venta de las **Perlas Japón** (patentadas) a cualquiera de sus establecimientos:

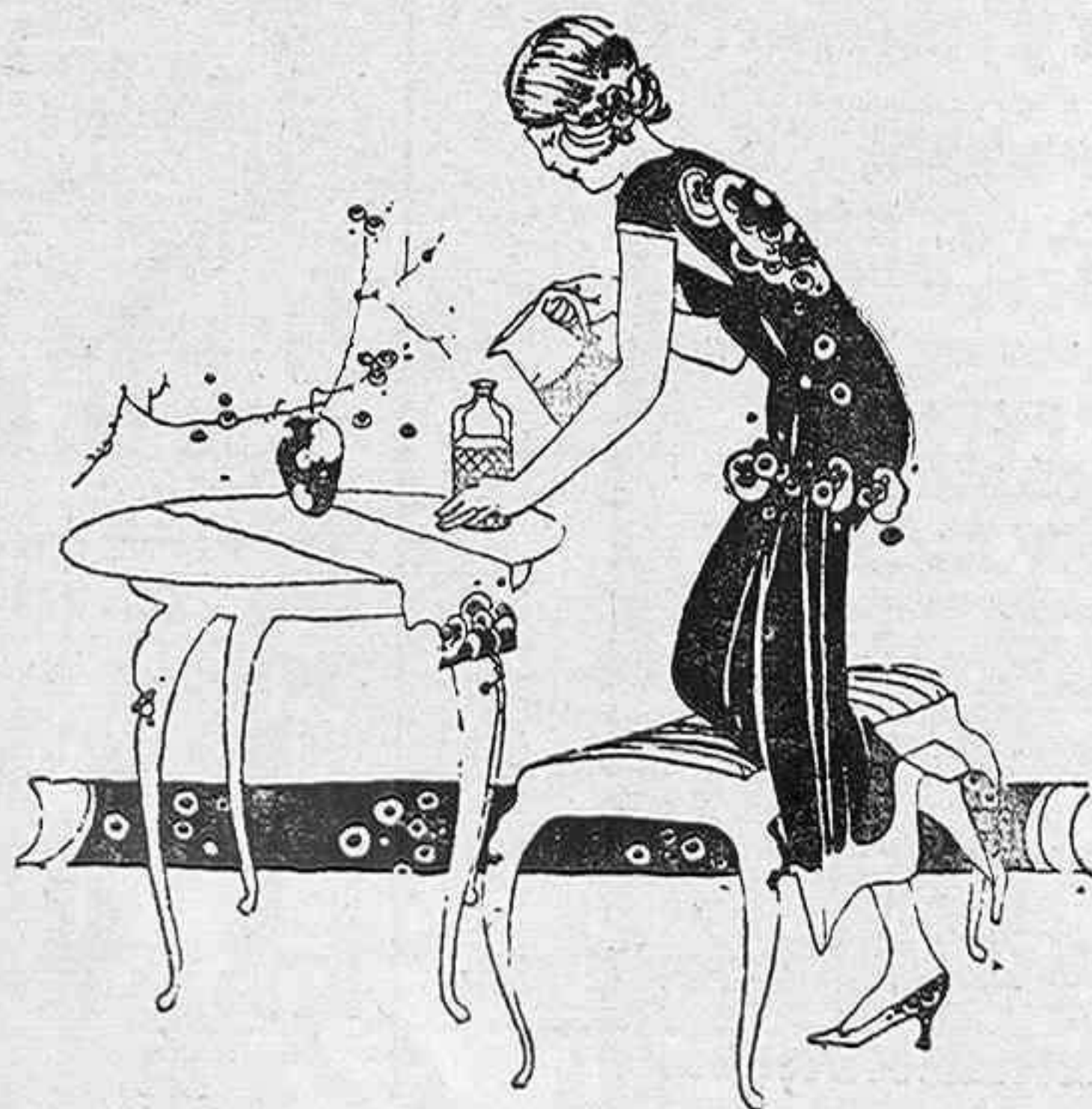
A. S- ISASIA
DATO, 24, Joyería, y DATO, 29, Orfebrería
VITORIA

No tenemos representantes en España. El único autorizado para la venta de las **Perlas Japón**: **A. S-Isasia**, a quien deben dirigirse los pedidos. Cada pedido va acompañado de su factura de garantía.

ELEGANCIAS

En la casa, en el paseo, en la visita, en el teatro... Niños, señoritas, señoras y caballeros sólo vestirán de acuerdo con los últimos y más distinguidos modelos, guiándose por

SA-COZAGEME



APARTADO 571
MADRID

HOUBIGANT

Paris

QUELQUES FLEURS



Perfume
Agua de Tocador
Sales para Baño
Brillantina
Loción
Polvos
Talco

DÍAZ FOTOGRAFÍA
:: DE ARTE ::
Fernando VI, 5.—Madrid

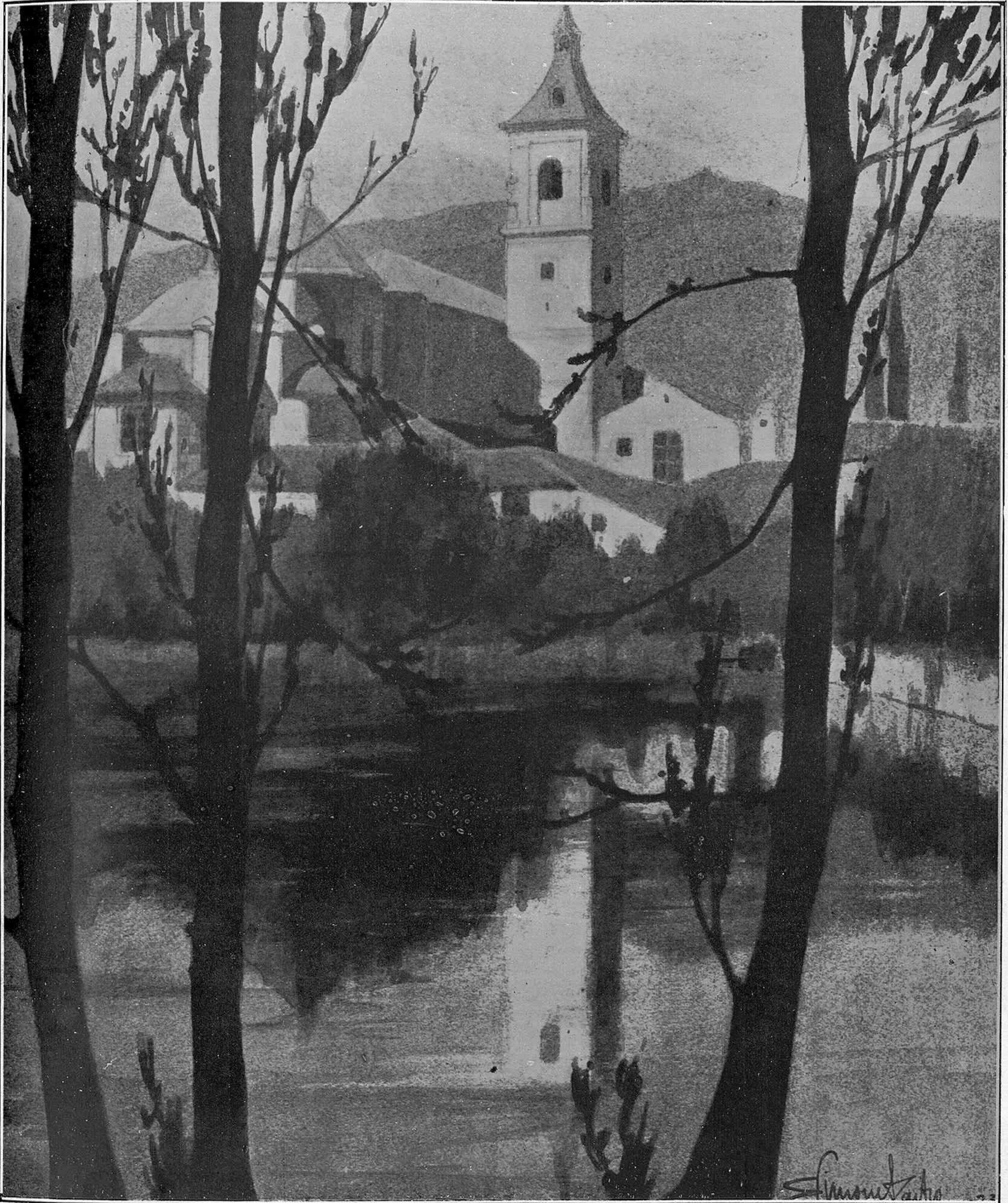
La Esfera

Año X.-Núm. 513

Madrid, 3 Noviembre 1923

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



Entre montañas altísimas, casi siempre cubiertas por la nieve, en una extremidad del valle de Lozoya, alza su magnífica belleza el famoso Monasterio cartujo del Paular, fundado por el Rey de Castilla Don Juan I, al finalizar el siglo XIV, para cumplir una cláusula del testamento de su padre, Don Enrique II «el Bastardo». Desde la expulsión de los religiosos, el Paular fué perdiendo muchas de sus bellezas y de sus excelentes condiciones. Numerosos monarcas dispensaron su favor a la Cartuja, y, sobre todo, Carlos I la benefició extraordinariamente. Cuéntase que este soberano, en aguas de Argel, una noche en que sobre sus buques descargaba una imponente borrasca, dijo al gran marino Andrea Doria: «Ea, tened buen ánimo, que es la hora en que rezan maitines mis cartujos del Paular.» La iglesia del Monasterio, concluida en 1440 bajo la dirección de un moro de Segovia llamado Abderramán, era realmente magnífica, y en ella se distinguían de un modo especial las sillerías del coro, todas de nogal. DIBUJO DE SIMONET CASTRO

DE LA VIDA QUE PASA

CALÍGRAFOS Y MECANÓGRAFOS

UN mi amigo, poseedor de una biblioteca selectísima, me ha enseñado su magnífica colección de manuscritos. He visto, ante todo, sobre terso y pulimentado pergamino, un ejemplar de los *Anales* de Diego de Cesárea. Luego un *Misal Romano* del siglo XIII, con prodigiosas miniaturas y capitulares suntuosas. Por fin un *Tratado de la Montería*, escrito en letra gótica, con una regularidad y exquisitez de curvas y perfiles que envidiarían los más hábiles calígrafos del siglo XVI. He quedado maravillado, y durante algunos minutos he acariciado los bellos ejemplares con esa fruición con que los amantes de los códices soberanos artísticos estrechamos contra nuestro corazón los deslumbradores tesoros artísticos que nunca podremos poseer.

—Vea usted—me ha dicho mi feliz amigo—: En los tiempos de recogimiento, de concentración mística, de elevación espiritual, la escritura fué la más primorosa de las artes. Por intensa que sea la emoción que produce la contemplación de un cuadro primitivo, con sus figuras transparentes y estáticas; por noble que sea y profunda la impresión que sentimos delante de una escultura perfecta, en que la línea humana adquiere magnificencias olímpicas; por enorme que sea el deslumbramiento sobrecogedor que nos cause la vista de una catedral ó de otra maravilla arquitectónica, grandiosos poemas y á veces colosales epopeyas de piedra, en que se juntan el esfuerzo inspirado humano con el sentimiento de lo Eterno sublime, nada nos embelesa, y al mismo tiempo nos da más cabal y perfecta idea de lo que es el transporte místico estético que un prócer manuscrito de una obra religiosa, en el cual pendolistas ó iluministas rivalizaron para dar forma plástica á una concepción ideal. No parece sino que no fueron manos de hombres las que hicieron destacarse sobre el pergamino las formas correctas y esbeltísimas, las capitulares áureas ó purpuradas, los prodigiosos intercolumnios y las láminas evocadoras, de suave y delicado matiz. Se comprende que quienes escribieron semejantes códices no lo hicieron por una recompensa, sino por una delectación anímica. Fueron, sin duda, frailes, reclusos en sus celdas de luz cernida, como aquella en que vió su celeste aparición Antonio de Padua; fueron verdaderos artistas, apartados de las miserias terrestres y absortos en sus refugios pobrísimos de asceta, los que identificaron de este modo la letra con el Verbo, la idea con la forma, lo

que halaga los sentidos con lo inmaterial inefable. Vea usted los manuscritos de nuestros días, los impresos más cuidados, y caerá usted en una dolorosa consternación. No hablemos de los aborrecibles originales á máquina.

En ellos el amanuense no puede ser jamás un artista. Es sencillamente un jornalero que gana su pan, pero que nada siente de lo que se dicta ó de lo que copia. Su universo mental es muy otro. Mientras teclea en la máquina de ruido monótono y seco, su espíritu se halla muy distante de lo que probablemente no comprende. Así, una cuartilla escrita á máquina nos deja yertos, como todas las labores mecánicas, que serán todo lo útiles que se quiera, pero que pintan á toda una época descreída, prosaica, alejada de lo permanente y de lo sublime, y de la cual no ha de quedar sino el recuerdo de sus luchas por el centén y de sus odiosas oposiciones sectarias.

He bajado la cabeza con melancolía. Es cierto: las incomparables obras manuales no volverán á deleitarnos, ni serán el legado que haremos á las generaciones futuras. La imprenta ha multiplicado y difundido el libro, como el cromo ha difundido y popularizado las obras del arte pictórico y la maquinaria los objetos de uso más corriente; pero la belleza ha perdido su grandiosidad. Cien mil vasijas de aluminio no valen una cratera; toda la bisutería moderna no eclipsa la elegancia de una fibula celta de oro; los cien millones de ejemplares que arroja diariamente á la voracidad de los públicos la Pren-

sa de ambos continentes nada valen, ni como arte, ni como evocación, junto á una sola página de la *Biblia Sacra*, de la colección parisina, ó de la *Historia Natural* granadina, de Alberto Magno. La civilización industrial ha matado al arte, y sobre todo al arte incomparable de la escritura. Dentro de unas décadas no quedará de lo que ahora escribimos sino unos millares de volúmenes de papel especial. Todo lo demás se habrá descompuesto, por la mala calidad de la pasta.

En cuanto á nuestros manuscritos mecánicos, no harán sino dar una triste idea de la miseria intelectual y de la incompreensión de los amanuenses.

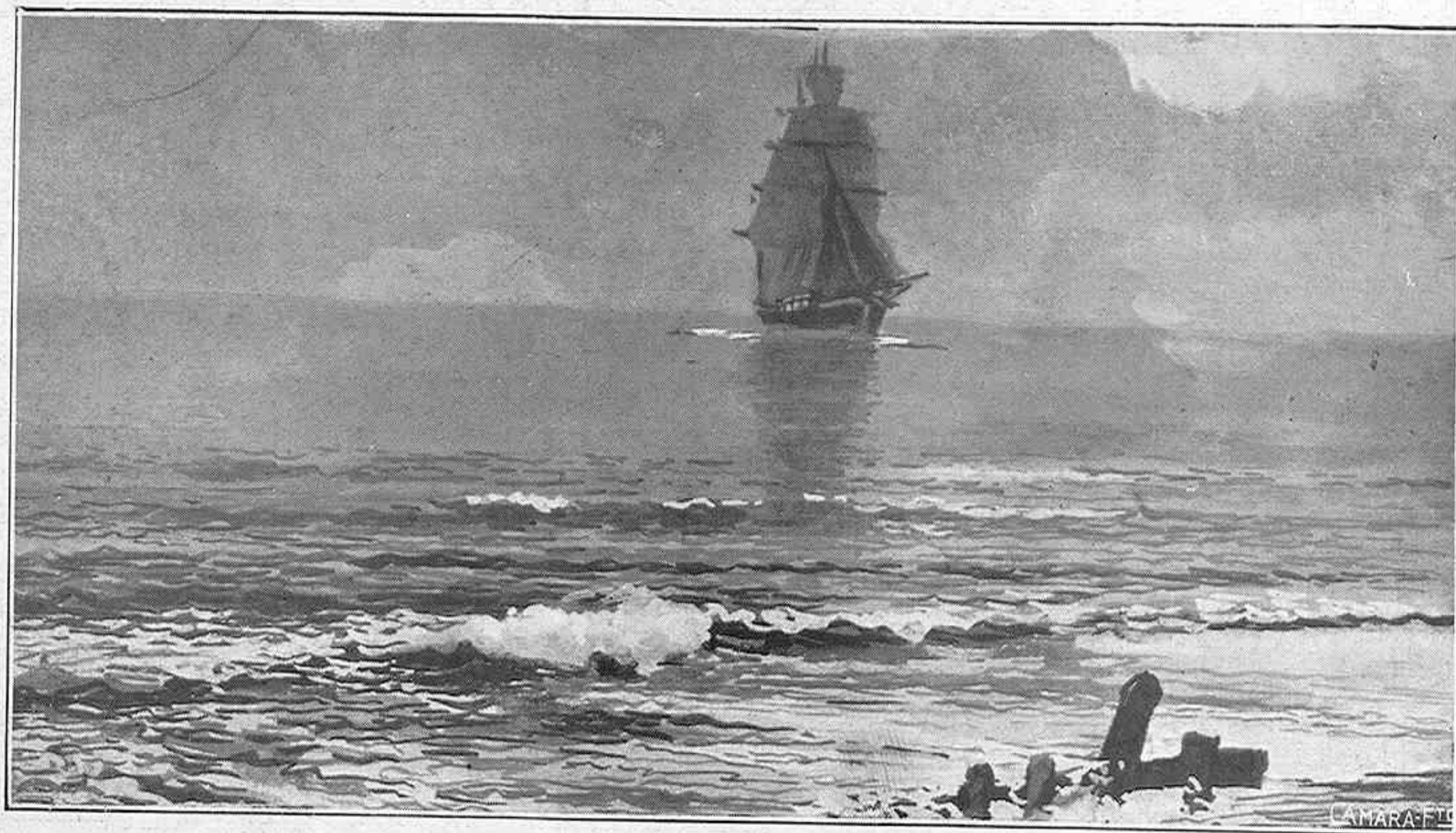
Amargado por las reflexiones de mi amigo el bibliófilo, he regresado á mi vivienda, y una vez en ella me he encerrado en mi cuarto de estudio y he contemplado una cuartilla escrita á máquina por una joven mecanógrafa, una de las cincuenta mil que en España atienden, con este género de trabajo, al sustento y bienestar relativo de los suyos. Al principio no he pensado sino en la forma exterior del trabajo y he recordado con melancolía los antiguos códices; pero luego me he preguntado si la emancipación de tantas mujeres no valía la habilidad de un artífice cenobita indiferente al dolor de sus semejantes. Los viejos amanuenses eran más artistas, pero su comprensión de la vida y del universo era mucho más limitada que la de esas infelices muchachas que se ganan el pan delante de una *Yost* ó de una *Underwood*.

Su sentido estético es, acaso, tan hondo; pero no se limita á deleitarse ante una descripción rústica del inmortal Virgilio ó una simple lección del arte de cazar con halcón á pie ó á caballo. Miran mucho menos á la forma, pero seguramente más al fondo; en suma: piensan por cuenta propia, cosa que rara vez hacían los iluministas del Vaticano y de San Isidoro de León.

Y pensando en lo que ha hecho por las mujeres y por las familias humildes la calumniada máquina de escribir, y meditando que la belleza podrá ser desplazada, pero nunca desaparecer por completo del universo humano, he mirado con simpatía la pobre cuartilla mecanográfica, en que no había ni primores de forma, ni santos abstraídos, ni doncellas estáticas; pero que, grabada por unos dedos ágiles, había servido para abrir al pensamiento de una mujer un nuevo horizonte y tal vez para secar en sus pupilas una furtiva y candente lágrima.

Antonio ZOZAYA

BRUMAS

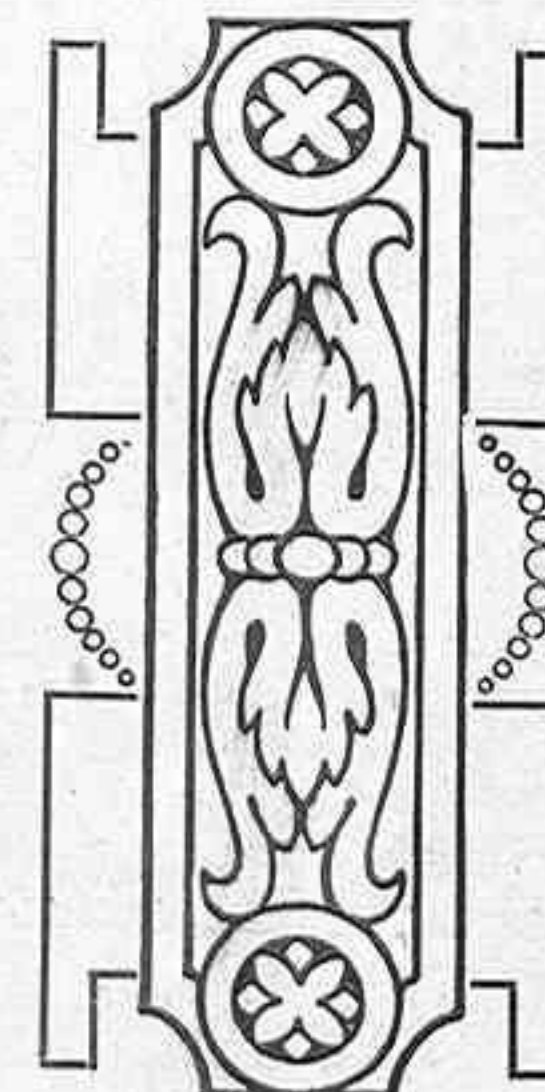
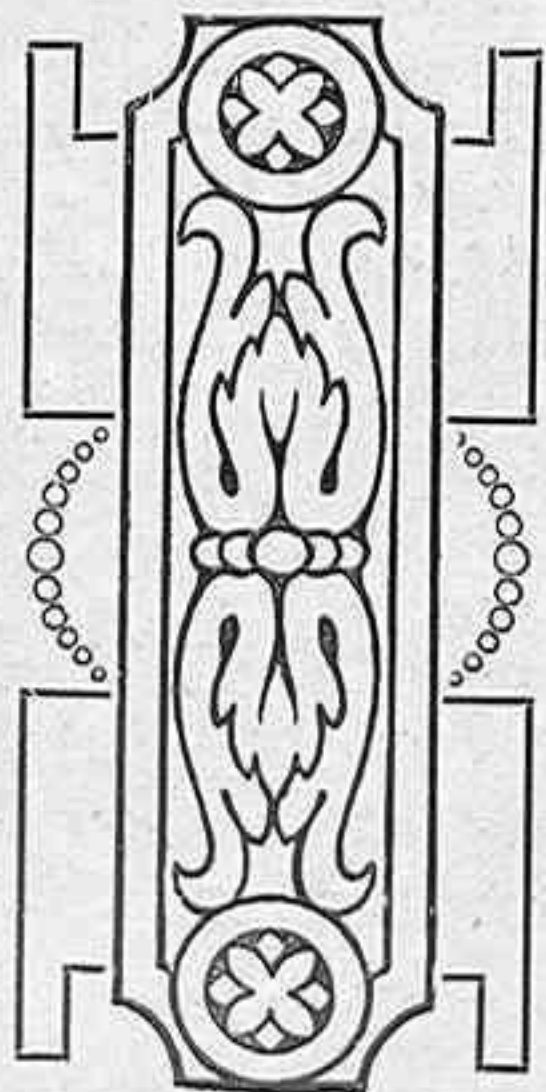


Hay ciertos días—hoy—
en los que pierdo la noción de cuanto
me rodea; no soy
jovial como solía; esfúmase el encanto
de la existencia en una lontananza
difusa, vaga, como tras un velo de llanto,
y está á punto de naufragar toda esperanza...

Y se queda la interna vida
en tanta sombra obscurecida
—como sin pulso, sin amor ni odio—,
que ni el caudal propicio de la tristeza fluye
para lustrar mis ojos con sus aguas;
el castillo de ensueños se destruye,
apáganse las fraguas
de nuestras igneas voliciones,
y ya ni se recuerdan las traiciones
de los demás, para gozar siquiera
el placer de soñar con la cruel venganza,
intensa, plena de una depravación remota...

Y como frágil nave que quisiera
después de la tormenta, en la bonanza,
desmantelada y rota,
arribar á la ignota
playa de la Quietud, nuestra esperanza,
bogando por el mar de nuestro hastío,
lleva al alma desnuda y aterida,
sin amor—¡pobre naufrago!—y con frío,
sobre el último mástil del navio,
más allá de las playas de la vida,
¿hacia el Azul?... ¡Hacia el vacío!

JUAN G. OLMEDILLA
DIBUJO DE VERDUGO LANDI



ORACIÓN PARA LOS ÚLTIMOS

EN EL DÍA DE LAS ÁNIMAS



El Cementerio de Nuestra Señora de la Almudena

PARA los últimos en el placer y la gloria; para los rezagados en la carrera del triunfo; para aquellos con quienes únicamente fué piadosa la muerte: que se entreabran para esos mis labios en una fervorosa oración.

No para los que descansan en panteones de mármol y tienen, hasta en la morada final, todos los privilegios del rango y de la fortuna. ¿Qué puede interesar á mi corazón esa lápida elocuente donde la vanidad de los vivos corrobora la soberbia de los muertos? ¿Qué emoción cabrá en mi alma ante esos ángeles apologeticos, esas trompas de la Fama, esos simulacros de bronce que desean inmortalizar los actos egoístas de unas personas que todo lo poseyeron? La vida les fué demasiado benévola. Usufructuaron las delicias del poder; tuvieron sanción para ejercitar su gusto en todos los vicios; pasaron por la vida á caballo de sus apetitos. Ahí descansan los afortunados. ¿Cómo encontra-

ría su fortuna un eco de piedad en nuestra alma?

El alma busca á los últimos para ofrendarles su ternura. Los que vivieron en el dolor y murieron en el desamparo; los que silenciosamente se ocultaron bajo la tierra y no tienen sobre ellos ni una losa, ni una lápida, ni una flor. Los fracasados. Aquellos que no supieron dominar bastante la forma, si eran artistas, ó los números, si eran comerciantes. Los arruinados. Los torpes, los pobres torpes que no pudieron nunca concluir una obra terminante. Aquellos á quienes se resistía el éxito y llegaban tarde siempre, demasiado tarde.

Una oración para los tímidos. Los que se ruborizaron ante el brillo de la bella fortuna, y no supieron forzarla por la violencia. Los que vacilaron siempre en la hora decisiva. Aquellos que cuando amaban no acertaban á pronunciar la frase oportuna al oído de la expectante mujer. Los que dudaban delante del peligro. A los

soldados que no tuvieron suficiente crueldad para matar. A los cobardes porque fueron dulces de corazón. A los que iban siempre en el lugar postrero. A los últimos. Vaya para ellos una fervorosa oración.

¿En dónde están sus sepulcros? Ni siquiera se les ha concedido un epitafio, una losa. Están ahí, en todas partes y en ninguna parte. Se han convertido humildemente en polvo...

Y también irá nuestra oración á los orgullosos, á los inadaptados, á los despreciadores, á los que se quedaron en último lugar por no mezclarse con la vileza de los primeros. A los que supieron caer noblemente en medio de la obscuridad, por repugnancia de la grosera victoria. Por no compartir el triunfo—supremos aristócratas—con la morralla de los afortunados, de los exitistas, de los atropelladores.

José M.^a SALAVERRIA



“EL RUBIO DE MONTEJAQUE”

No existía en Jimera de Líbar mujer más hermosa ni más esbelta que Trini, la hija del ventero de la «Huerta del Alacrán». Cuando los días de fiesta iba al pueblo no había moza que no la envidiase ni mozuelo que no sintiera ganas de enamorarla. Los solteros la requebraban, los casados la miraban á hurtadillas y los viudos ofrecían reincidir si ella los admitía. Cuentan que más de una vez el sacristán, al verla, atravesó la plaza, repicó las campanas y se paraban las gentes en las aceras como si fuese á pasar la procesión. Eso y más se merecía la Trini.

Era alta, delgada, esbelta, con unos ojos negros como carbones, con una nariz más propia de estatua griega que de una *jembra* de la Serranía, una cintura que podía abarcarse con una mano, unos cabellos oscuros y rizados y unos andares provocativos capaces de hacer pecar al mismo San Antón, si de nuevo le molestaran los espíritus diabólicos con tentaciones femeninas.

Según me contó una vieja parlanchina de Jimera cierta tarde en que sentados á la sombra de una encina me entretenía en ver á las muchachas que bajaban á llenar sus cántaros en la fuente de la entrada del pueblo, Trini había tenido muchos pretendientes, pero no quería á ninguno.

Demasiado prendada de su belleza, era de aquellas que esperan se les presente el hombre de sus sueños: un conde, un marqués ó poco menos, con una belleza varonil excepcional y con un talento privilegiado. Pero el conde no llegaba, ni por Jimera suelen pasar esos caballeros, á no ser en los trenes que cruzan su término y se detienen en la estación dos minutos.

Entre sus pretendientes figuraba Alonso Pérez, conocido por *el Rubio de Montejaque*, que, como decía la vieja, no era ningún costal de paja. Estaba enamorado locamente de la Trini, no dejándola ni á sol ni á sombra. Los desprecios que la moza le hacía, en vez de apagar

el fuego en que se encendía, aumentaban la hoguera, y sucedió que cierta noche en que, triste y malhumorado, rondaba la «Huerta del Alacrán», dióse de manos á boca con otro pretendiente de Trini, de quien tenía unos celos feroces, por parecerle que los ojos negros de la muchacha se fijaban demasiado en él, como había ocurrido aquella tarde en una fiesta que se improvisó en la puerta del alcalde.

Más eran éstas alucinaciones de enamorado que justas reflexiones; pero *el Rubio de Montejaque*, como todos los que quieren de veras, no se detenía á pensar mucho cuando los pícaros celos oscurecen la vista y la inteligencia.

Halláronse los dos pretendientes, armados de escopetas y con unas ganas atroces de causarse daño.

Hubo palabras, injurias, golpes, y al fin dos escopetazos, quedando *el Niño de la Martina*, que por este apodo se conocía al otro pretendiente, tendido bajo un olivo, herido de tal gravedad, que cuando llegó el cura sólo pudo darle la «Extremaunción»; pero ni el juez le oyó palabra, ni la Guardia civil consiguió hacerle declarar en el atestado.

El Rubio de Montejaque no se prestó á ajustar cuentas con la justicia, sino que volvió á cargar su escopeta y se internó en la Serranía, donde en vano fué perseguido. Sólo conociendo, como yo las conozco, las Sierras de Gaucín, es posible comprender que el criminal que allí se refugie pueda burlar la vigilancia de los guardias civiles, viviendo años enteros entre aquellas escabrosidades sin que se le vea siquiera. Aquellas cuevas asombrosas, aquella vegetación admirable donde la Naturaleza derrochó toda su esplendor; los montes cubiertos de malezas que ocultan los senderos, se combinan para proteger la fuga del criminal. Los campesinos, unos por temor, otros por piedad, ayudan á los fugitivos, y nunca falta á éstos el pedazo de pan, á la vez que los arroyos que por todas partes serpentean les ofrecen agua cristalina que apague su sed. En invierno hallan abrigo en el fondo de las cuevas, y en el verano duermen bajo los árboles.

Durante dos meses *el Rubio de Montejaque* estuvo solo y no concertó fechoría alguna. Luego se asoció con dos fugados de la cárcel de San Roque, y ya se olvidó de sus buenos instintos, asaltando á los caminantes, pero sin que jamás derramara una gota de sangre.

Pasó un año. Una tarde del mes de Abril, la Trini, acompañada de su madre y de un hermanillo suyo, atravesaba la «Dehesa de Don Bartolo» para ir desde la huerta al pueblo. Iba cantando, riendo y pensando en que aquella noche asistiría á una fiesta, en la que tomaría parte Manolita Sánchez, la mejor *cantaora* de la Serranía, y á la cual ofreció asistir un diputado provincial, soltero, joven y alegre de ojos, que estaba



BARTOZZI

pasando dos ó tres días en Jimera, en casa del alcalde, antiguo amigo suyo.

Cuál no sería la sorpresa de Trini al ver que detrás del tronco de un árbol apareció la figura de *El Rubio de Montejaque*. Nole cabía duda: era el mismo. Lo reconoció, á pesar de aquella larga barba rubia que se había dejado crecer y de aquel traje más de señorito que de hombre de campo. Enfrente, con escopetas en las manos, divisó otros dos hombres.

—No temas, Trini—dijo *el Rubio*—; no pienses que voy á hacerte daño, y te juro que si algo siento es el sobresalto que te jago pasar. Vengo por ti, porque sin ti no pueo vivir. En vano quiero orviarte y en vano pienso que esto es una locura.

—¿Qué intentas?—exclamó la Trini.

—No seas tonta—replicó el bandido—. Por buenas ó por malas te has de venir conmigo. En lo arto de la Sierra hay una casita donde te recibirán, sin que nadie sospeche que estás allí. Yo iré á verte cuando puea, que será toos los días.

Trini se arrodilló llorando. Todo fué en vano, y minutos después *el Rubio de Montejaque*, montado sobre un caballo negro, llevando á la grupa á la Trini, atravesaba la espesura en dirección á la cumbre de la Sierra del Duque.

En tanto que los vecinos de Jimera, acompañados de la Guardia civil, daban una batida por los alrededores, se alborotaban con la noticia del secuestro los pueblos colindantes y no dejaba de funcionar el telégrafo, Trini se encontraba llorando en una modesta habitación de la casa más alta de la Sierra. A los pies de un cuadro de la Virgen de la Paz, á la que tanta devoción profesaban los serranos, pedía á la Reina de los Cielos su protección contra el bandido. De pronto abrióse la puerta y apareció *el Rubio*. Alzóse la Trini, y fijando sus ojos negros en los del bandido, con tanta insistencia que aquél bajó los suyos, exclamó:

—¿Qué piensas hacer de mí?

—Ten calma y óyeme.

Ya eres mía. Mando aquí como Rey absoluto, y, sin embargo, te juro por esa Virgen que no he de acudir á la fuerza. Deseo tu cariño... Eso es todo.

—No te canses. Puedes matarme, pero en el corazón no se manda. Ni te he querido, ni te querré. Si otra cosa esperas, te engañas. ¡Bien sabes que no es cobarde una serrana! ¡No te temo!

—Por ti maté á aquel hombre; por ti he tenido que seguir esta vía condenada...; por ti no me he entregao ya á los ceviles pa que me fusilen ó tenga que arrastrar una caena por esos presiyos... Y á pesar de estas pruebas de querer, ¡me odias, me desprecias?

La Trini, acercándose, respondió:

—Si cuando por vez primera te ije que no te quería hubieses sido razonable..., na de esto hubiera pasao. Culpa es tuya y no mía. Te has hecho desgraciao y quies jacerme á mí. Eso no es justo.

—Piensa que estoy loco, que los locos no piensan. ¡No me quites la esperanza!



—Te lo repito: mátame..., pues de otro modo no lograrás nada de mí. Si quiere ejarme golver á mi huerta, hazlo. Si no..., ¡Dios te perdone!

Y en aquel momento Trini, abalanzándose á *el Rubio*, cogió la pistola que aquél llevaba en la faja. Un movimiento rápido del bandido le salvó la vida. Cogió con fuerza aquel brazo de mujer fuerte, y con un nuevo esfuerzo recuperó el arma. Trini dió dos pasos atrás y cayó sobre una silla.

El Rubio de Montejaque la miró con los ojos inyectados en sangre, y con voz que más parecía salir de una caverna que de garganta humana, exclamó:

—¡Maldita seas!... ¡Has sío mi ruina! Siento ganas de matarte, de hacerte mía por la violencia...; pero, sábelo de una vez: no he sío, ni soy ni seré un cobarde, y si matase á una mujer, lo sería... ¡He respetao tu vía, he respetao tu honra! ¡Dios tenga en cuenta lo que jago!

Y arrastrando tras sí la silla en que se apoya-

ba, salió del cuarto, mientras Trini volvió á arrodillarse ante la Virgen.

Minutos después sonó un pistoletazo. *El Rubio de Montejaque* caía en la puerta de la casa con el cráneo atravesado por una bala, que su propia mano disparó.

En el cementerio de Jimera, en el pequeño lugar destinado á los que mueren fuera del seno de la religión católica, existe la tumba del bandido, á la sombra de un sauce que allí plantó una madre cariñosa.

Sobre la losa, blanca como la nieve, suelen verse flores frescas diseminadas, triste recuerdo á la memoria de aquel hombre. Esas flores las derrama allí, regándolas con lágrimas, la hermosa Trini, la hija del colono de la «Huerta del Alacrán».

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

DIBUJOS DE BARTOLOZZI

LENGUAS DE BRONCE

El mes de Noviembre, por ser triste, no ha merecido el honor de sentirse escuchado por poetas para ser cantado después. Noviembre ha sido postergado en los cementerios. Su cielo plomizo, su frío, sus noches sin estrellas, no han servido nunca de marco en el que poder encerrar un cuadro de amor.

Sin embargo, Noviembre es un mes que á mí me interesa; es un mes muy á propósito para la meditación; y ya que los hombres le hicimos



fúnebre, es mes de inquietud, en el que parecen notarse más cerca todas las inquietudes remotas del más allá...

Las noches de sábado de Noviembre no son, á fe, noches brujas; son noches de espíritus perdidos, noches sombrías, en las que el misterio se desgarrá para dar paso á la sombra, propia sombra inquietante, donde nada se ve y todo se adivina. Pesan las sombras en Noviembre como si tuvieran sobre ellas todo el bronce de las campanas que invitan á rezar...

De día toman las ciudades el cariz pálido de los moribundos, porque el gris de los cielos se refleja amarillento en los edificios y en los rostros, donde brillan los ojos, sarcásticos y remotos también, como fuegos fatuos de la vida, prendidos en los rostros de los vivos, que lloran en el mes de los muertos por sus pobres muertos, tan olvidados, bajo los cielos *definibles* de otros meses...

... Noviembre tiene *cielos indefinibles*... Gris no es decir nada; gris es la palabra que invitaron los hombres para dar idea de lo borroso, de lo impreciso... Azul, rosa, rojo, cualquier otro color, dan una idea precisa de tono, dentro de sus tonos distintos; el gris, no; cada tono gris es un color distinto de la sombra imprecisa...

Y en el mes de Noviembre, donde triunfa lo gris, triunfa también lo eterno: la campana, la fe, la muerte; todo borroso á su vez, *todo sin color definible*, todo problemático; como la salvación de las almas, las glorias eternas, los dogmas. Todo sombrío é interrogante, bajo los grises claros, cenizas, azulinos, negruzcos; de los cielos llorones, cuya bóveda parece más cóncava, porque todo suena más retumbante que de ordinario, recogido por ecos multiplicados, en lejanías agigantadas por supersticiones de ultratumba.

Las ciudades, los pueblos, las aldeas toman aspectos indecisos, como difuminados, como de masas informes bajo horizontes extraños de ópalos de maleficio. Y la esbeltez de los campanarios triunfa sobre las brumas, como de humo de pebeteros de los sacerdotes del Oriente; viejos sacerdotes tradicionales de leyendas mágicas...

Y como todos los campanarios triunfan, se saludan los unos á los otros en la voz de las campanas, que tienen la clemencia de tañer por los muertos, como una lúgubre serenata desahorde y profética que suplicara en cada nota una oración para los olvidados...

¡Los olvidados..., que allá en las tranquilas ciudades del silencio reposan bajo blancos edificios, fríos edificios de recuerdos postreros, donde ha tiempo no cayó ni una flor, ni una lágrima!

Las campanas, en su lenguaje de bronce, dicen de todo esto en los coros que organiza la piedad de Noviembre. Y lo dicen de una manera abrumadora de monótona, como de llanto y como de carcajada; llanto por los muertos, carcajada de sarcasmo por los vivos, que no se dan cuenta que tienen que morir y ser olvidados; por eso anonada el caer de las campanadas, como lluvia de reproches, de llantos, de carcajadas y de bronces sobre la ciudad.



Tiene, sin embargo, el encanto horrible de todo lo profético. Y lo profético tiene siempre una extraña majestad incomprensible.

Y en medio de todo este concierto de lo desconcertante surge la tierra, siempre por debajo de los cielos y de los campanarios, con sus hombres, con sus humanidades tan grandes y tan insignificantes, tan amargas y tan tristemente grotescas en sus dolorosas caravanas, donde pasean sus dolores los polichinelas; polichinelas de un gran señor, eso sí, que los mueve á su sabor por medio de los hilos invisibles de las pasioncillas. Y los empuja y los maltrata, y los hace llorar y reír, y los hace inventar los campanarios para colocar sobre lo más alto de sus obras las campanas que han de tocar á coro un día y cuya voz de bronce ha de ser como el reproche de todas sus conciencias de muñecos...

Y un buen día se reúnen los hombres de la tierra, y juntos en sarcástica caravana, van de cementerio en cementerio. Los unos con dolor, los otros con la bota de mostagán y la merienda, los más con indiferencia...

Y allí, en las ciudades silenciosas y blancas, mientras una madre llora sobre una losa la pena de su dolor irremediable é inmenso, en otra losa, otra mujer con un hombre y unos chicos mocosos, comen una tórtilla y beben vino...

En otra tumba, un hombre derrama unas flores; poco más allá, en otra, otro hombre se sienta para descansar.

Y mientras, un hombre y una mujer, sentados en otra losa con una inscripción, enlazan sus manos y hablan de amor; arrodillado ante otra losa, un hombre solo deja verter una lágrima dulce y dolorosa, porque es amantísima...

La noche ha tendido sobre todos los crespones grisáceos de Noviembre. Un lucero se asoma un instante tembloroso al firmamento, para esconderse después tras una nube.

El rebaño del dolor, del sarcasmo y de la indiferencia regresa bajo las sombras, donde se ocultan en esa noche los poderes remotos...

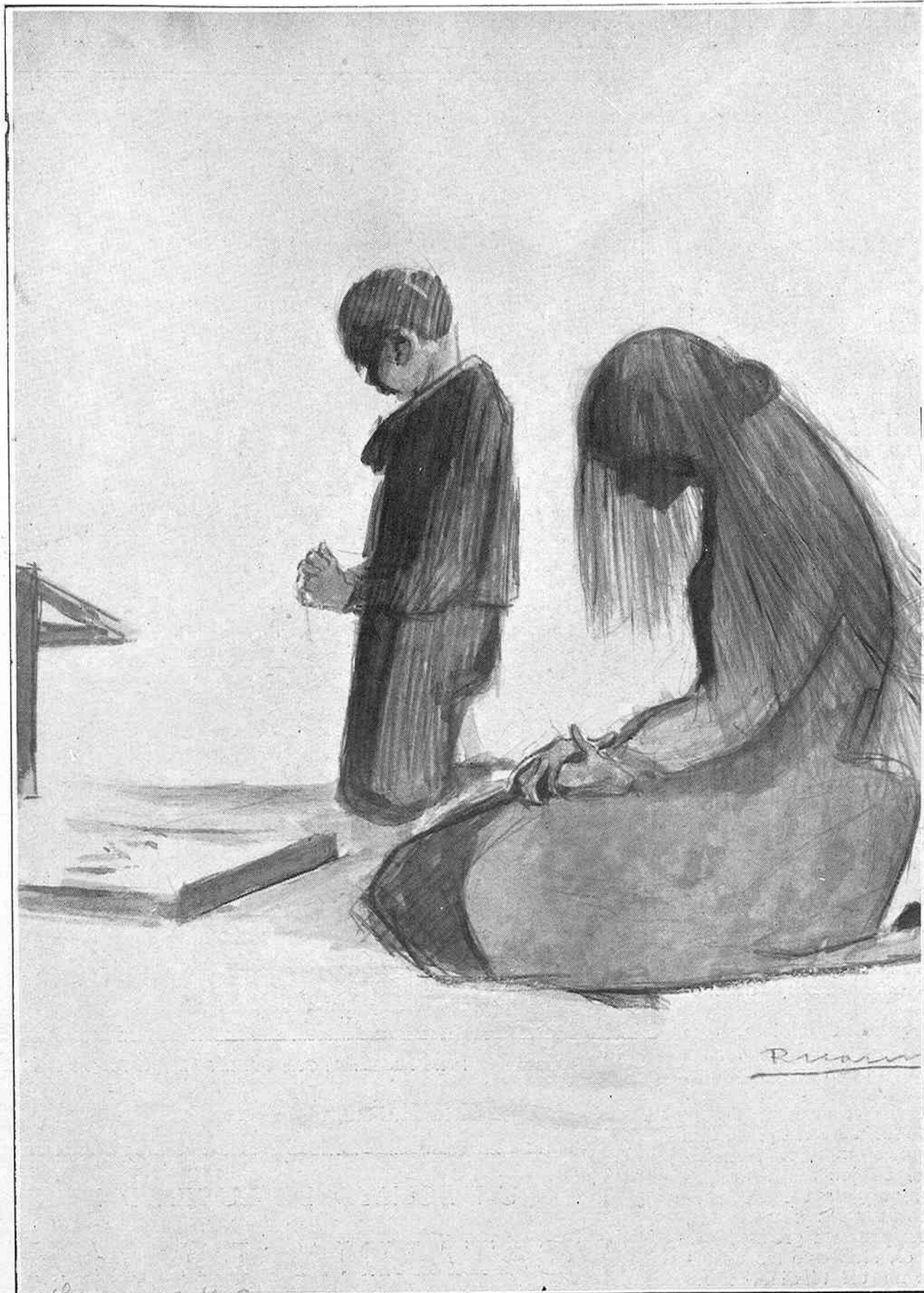
Todo son jirones, desgarrones de sombras; únicamente los campanarios y la tradición se yerguen en la noche...

Es la noche supersticiosa donde, bajo el silencio poderoso, todos duermen; únicamente los campanarios vigilan; y desde los campanarios, las campanas á coro se cuentan lo que vieron por la tarde; en la voz de las campanas vibra el sarcasmo del llanto y de la carcajada; vibra la promesa aterradora de lo eterno, de lo imperecedero, que de una manera abrumadora nos repite que pronto habrán de pedir por nosotros...

... ¡Las campanas tienen la clemencia de tañer por los muertos, como una lúgubre serenata desacorde y estremecedora que suplicara en cada nota una oración para los olvidados!...

JOAQUÍN ROMERO-MARCHENT

DIBUJOS DE MARÍN



ESTUDIO DE MARÍN

Romero

MI RETRATO CUBISTA

Yo tengo en mi despacho un retrato cubista, y cada vez noto que me parezco más a él. No os alarméis. Me parezco, por el contrario, cada vez menos a una mascarilla que me hicieron sobre mi mismo rostro, enterrado en yeso como un muerto, durante un cuarto de hora. ¡Estas son las paradojas del arte burlándose de la propia realidad!

Así, por causa de este retrato, no me escribirán esas señoritas banales que escriben al escritor por sus retratos ofreciéndole una unión para toda la vida! Este retrato cubista es para provocar sentimientos más profundos y menos comprometedores y amenazantes.

Ahí está mi anatomía completa. Heme ahí después de la autopsia que se puede sufrir antes de morir ó suicidarse, la autopsia maravillosa y aclaratriz.

Ese que ahí veis es un retrato verdadero, aunque no sea un retrato con el que concursar en los certámenes de belleza. Con ese retrato me siento seguro y desahogado.

La pintura cubista, que ante todo ama el espacio, no me ha embotellado y me ha dejado libre y desenvuelto.

Cuando el gran mejicano Diego María Rivera pintó mis ojos, por ejemplo, no contempló estos ojos castaños que tengo, y cuya apariencia normal es para los «retratistas», pero no para un gran pintor como él, sino que los observó como un técnico, como un «óptico» y se dió cuenta de los ojos que necesitaba en el retrato, y que eran complementarios y aclaratorios de los otros. En el ojo redondo está sintetizado el momento de deslumbramiento, y en el ojo entornado y largo, el momento de comprensión.

Así como en los ojos, el pintor se guió en todos los demás detalles por un sentimiento científico de pintor más que por un ingenuo fiarse de las apariencias. Siempre el óptico prodigioso.

Para el pintor cubista el carácter no depende del modelado. Está por encima de los accidentes, y tras eso va al pintor, teniendo en cuenta, más que la figuración de ningún plano, las cantidades, las calidades, lo que le interesa, el que él siente el tacto de las cosas, los contrastes de luz y sombra, el que si hubiera pintado toda la corbata roja le hubiera quitado potencia é interés, y por eso busca el complementario, que es el negro absoluto, el que para fijar la nariz le basta con la cifra lineal, y para hacer la boca le basta con un cruce proporcionado y el que él su-



Retrato de Ramón Gómez de la Serna, por Diego María Rivera

UN SONETO DE EUGENIO DE CASTRO CATALINA DE ATHAYDE

Reposa lá no céo eternamente...
LUIZ DE CAMÕES

No fuera yo cansado peregrino,
sí, vírgen de perfil armonioso,
y si á elegir me diese Dios piadoso
mi sendero, escogiera tu destino.

Te dió el Señor el Livio Cristalino
que quiebra eua'quier hábito gozoso;
tú lo tomaste entero y luminoso,
y tal estaba al fin de tu camino...

Para ti la Ilusión fué aya amorosa,
sombra suave de floridos ramos,
mano sedeña pródiga de mimos...

¡Feliz, feliz! Tuviste, ioh, venturosa!,
el perfume de cuanto ambicionamos,
sin la espina de cuanto poseímos.

Tradujo

Juan G. OLMEDILLA

giere el perfil con un leve claroscuro.

Esa consideración palpable, amplia, completa de mi humanidad, dando vueltas alrededor de su eje, es lo que más me complace en este cuadro desgarrado y mapamundial. Si algo hay en nosotros que se pueda llamar alegoría, eso está en estos retratos cubistas. Como un cuadro no es un espacio puro, sino un espacio convencional, establece alguna confusión el que para mostrar las cosas que hay detrás ó á un lado se tengan que mostrar buscando en el cuadro los sitios que queden al margen del centro, ocupando un lugar que no es el lugar puro en que debieran estar, sino el que les permite ocupar la imposibilidad de dar al cuadro un valor plástico de otro modo.

Yo, ¡qué queréis!, estoy muy satisfecho de este retrato, que tiene la condición de que es de perfil y de frente al mismo tiempo, y tengo el gusto de explicarlo con un puntero, como quien explica Geografía, pues somos verdaderos mapas más que trozos de paisaje.

En ese retrato hay más cantidad de elementos que en otros muchos, aunque haya menos uniforme y menos decoraciones.

Al hacerme ese retrato Diego María Rivera no me sometió á la tortura de la inmovilidad ó á la mirada mística hacia el vacío durante más de quince días, como sucede con los demás pintores, ni me puso ese aparato que tanto se parece al garrote vil y que en las fotografías colocan detrás del cogote á los retratados. Yo escribí una novela mientras me retrataba, fumé, me eché hacia adelante, me eché hacia atrás, me fuí un rato de paseo y siempre el gran pintor pintaba mi parecido; tanto, que cuando volví del paseo—y no es broma—me parecía mucho más que antes de salir.

El pintor tampoco se estaba inmóvil. A veces pintaba de espaldas á mí y, sin darme importancia, miraba con más interés el paisaje del balcón que á mí, ó leía un libro como si copiase párrafos de sus páginas con colores de su paleta. Todo el cuadro estaba rebatido sobre el horizonte, hacia la distancia, sin limitar el espacio, sin que el pintor se hiciese el sueco ante ningún problema y sin que dejase de ser peripatético. El no me podía tratar como á una momia inmóvil ni como quien por verme de frente podía hacerse el ignorante de que me conocía de perfil, además de conversando, vibrando y vi-

Ramón GÓMEZ de la SERNA

DIVAGACIÓN DEL MAR



¿QUÉ tiene el mar para que así nos arrebathe y nos seduzca? Acaso su sentido trágico. Ya de niños nos distraían los libros de aventuras con tempestades que zarandeaban la débil barquichuela donde unos náufragos empuñaban cual átomos entre el agua y el cielo; de mayores, la contemplación de las olas desde la cubierta de un buque ó desde tierra, sin cesar, nos sugiere una emoción de peligro. En las tabernas de los puertos nos atraen esos viejos con barbas de collar y ojos glaucos, que se emborrachan de ginebra y cuentan cosas maravillosas; pero no nos atraen por lo que cuentan, que suele ser mentira, sino porque alguna vez habrán luchado contra la muerte en el piélago inmenso del color de sus ojos.

Las noticias de catástrofes marítimas poseen un dramatismo del que carecen las noticias de las demás catástrofes, y es porque el mar, sin duda, se adapta mejor que nada á la tragedia.

¡El mar!... Al modo de esos individuos felinos y castigadores á quienes adoran las mujeres, se hace querer maltratando, y hasta mientras nos arrulla, zalamero, no podemos olvidar que quizá nos asesine un día. Es misterioso como sus leyendas de tesoros sumergidos y de ciudades inundadas—¡oh, hija del rey de Is, convencida por el demonio para que abriese las

esclusas y subiese el agua á los campanarios, cuyo repique suena todavía bajo el oleaje!—; es pérfido como sus sirenas, desviando en los arrecifes á los navegantes enternecidos; es insaciable como sus monstruos más devoradores. Y no le odiamos, porque es bello, trágicamente bello, como sus leyendas, como sus sirenas, como sus monstruos inclusive...

En medio de la tormenta acaba de zozobrar un barco á la vista de alguna costa, y unos cuantos hombres de buena voluntad salen en su ayuda antes de que el navío se hunda ó estalle, si se trata de un fuego á bordo; estos hombres correrán mañana un riesgo igual, y aspiran á que alguien vaya igual en su auxilio; pero no confían, seguros de que, más tarde ó más pronto, la casi totalidad de ellos perecerá allí, y se resignan, tomados de cariño á su verdugo. Tal viuda de un pescador perdió en el Océano al padre y al marido; pero le ha entregado su hijo, á quien probablemente perderá de la propia manera. ¿Qué atracción ejerce, pues, ese elemento? La grandeza de su tragedia renovada, de su tragedia innumerable.

ooo

¿Y su ruda poesía, no extinguida jamás? Le han cantado mil y mil rapsodas á partir del padre Homero, ensalzando lo mismo el bravío es-

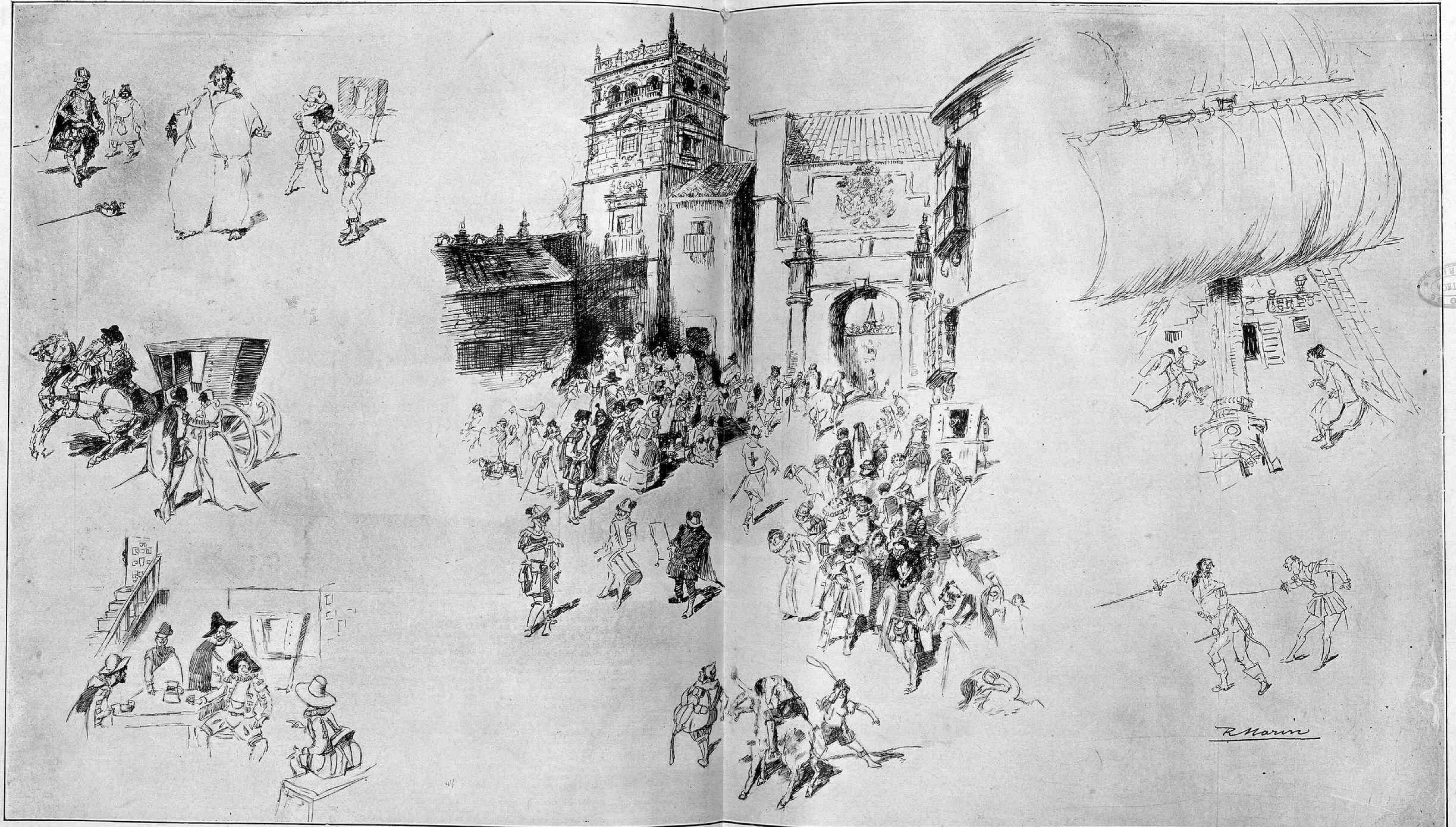
pectáculo que ofrece cuando se encoleriza el anciano Poseidón que cuando sobre su bruñida superficie cabrillea el sol en las tardes de calma. Se ha dicho respecto á él todo, y nunca se dirá bastante, pues no aburre nunca. ¿Quién se ha cansado de mirar la divertida monotonía de su ondulación ó los inciertos vuelos de las gaviotas por encima de sus crestas de espuma? ¿Quién no ha escuchado con deleite la canción incomprendible de sus caracolas, que nos susurran al oído suspiros esotéricos? Remotisimo en el tiempo, resulta siempre joven, y á pesar de su enorme lastre de literaturas superpuestas, siempre inspira algo. No le faltan héroes en ningún momento, y si no le surca Ulises con sus naves ó Cristóbal Colón con sus carabelas, le horadan los submarinos y le arrancan sus joyas los buzos. Además, nos brinda la ilusión de los palacios fabulosos que esconden sus abismos, de los paisajes de coral que encierra y de las criaturas imposibles que viven dentro de su atmósfera líquida: nereidas ó serpientes... ¿Qué más da, puesto que no hemos de encontrarlas?

ooo

Y de continuo nos inquieta, porque á todas horas se ríe de nosotros...

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

TAPICES ESPAÑOLES. — LA SENTENCIA DEL LICENCIADO VIDRIERA



Acaeció este mismo día que pasaron por la plaza seis azotados. El primero, por ladrón, dió grandes voces á los que estaban delante dél, diciéndoles: "Apartáos, hermanos, no comience aquella cuenta para alguno de vosotros." Y cuando el pregonero llegó á decir: "Al trasero", dijo: "Aquel, por ventura, debe ser el fiador de los muchachos." Los marineros..., su pasatiempo es ver mareados á los pasajeros... De los diestros (espadachines, jugadores de esgrima) dijo que eran maestros de una ciencia y arte, que cuando le habian menester no lo sabian... De los conductores de litera decía que sabian más historias que un confesor, pero que éste, por ser secreto de confesión, las guardaba; mas no ellos, que las divulgaban en las tabernas entre copas de vino...

DIBUJO DE MARÍN

LEJOS DE LA CIUDAD

Las tierras y las almas
 siempre dormidas

A medida que nos alejábamos de la ciudad é ibamos entrando en tierras más desconocidas; á medida que nuestros ojos pasaban del paisaje turbio y confuso de la ciudad al paisaje claro y quieto del campo; á medida que un aire nuevo dilataba triunfalmente nuestro pecho, donde con tan firmes raíces anidó el rosario de la vida de hoy, artificiosa y rápida; á medida, en fin, que la ciudad iba quedando lejos, muy lejos, una sensación de reposo y de serenidad llenaba á nuestra alma ante la quietud de aquellas tierras nuevas...

La algarabía aturdidora de la ciudad, con sus mil diversos ecos, y sus mil diversas voces y sus mil diversos sonidos, iba perdiéndose, apagándose, en el aire sereno del otro paisaje. Paulatinamente, se dejaban de escuchar las notas de aquel vértigo incesante que era el latido de la vida en la ciudad. Y apagándose, apagándose, apenas quedó de aquella algarabía sino un rumor que pronto, al alejarnos más de la ciudad, se esfumó en el silencio dilatado de la campiña. Ya no había más que quietud, serena y ancha quietud en todo: en el cielo alto y límpido, sin una nube que rompiese su monotonía; en la tierra uniforme y llana, sin rumor de vida; en el aire manso y diáfano, sin voces y sin ecos que desgarrasen su pureza...

Eran aquellas tierras las que, acaso porque guardaban lo más puro y lo más fecundo, estaban siempre dormidas, recogidas, aletargadas, como con miedo de que cualquier ruido — la ciudad, la vida, el mundo — pudiera romper su alma íntegra. Tierras mártires y calladas, que dan sus frutos silenciosamente al hombre que silenciosamente las labora, aquellas tierras parecían tener en su absoluta quietud algo de la quietud solemne de la muerte. Un silencio de oración pesaba sobre ellas, siempre dormidas en un sueño que era, acaso, morfina, descanso y olvido para el mucho dolor y el mucho esfuerzo que sufrieron en otros días ya lejanos...

Y sobre las tierras dormidas en un sueño secular, vivían las almas que también diríanse prisioneras en la quietud de un sueño. Eran hombres y mujeres que amaban ó sufrían, que reían ó lloraban, como todos los hombres y todas las mujeres. Pero su amor ó su dolor, su risa ó su lágrima, parecían también velados, empañados, abrumados por aquella misma quietud de la tierra. Eran, como las tierras, almas siempre dormidas, en un sueño que acaso fuese también morfina, descanso y olvido para algún viejo dolor de siglos...

Los hombres eran ceñudos, callados y veían pasar el rosario de los días con un despectivo gesto indiferente. Sobre sus espíritus, que el silencio acortezó y abroqueló, la vida resbalaba con serenidad de remanso. Las mujeres — trajes pardos, oscuros como la tierra ó trajes vistosos, vibrantes, de colorines — tenían la misma alma dormida y enigmática de los hombres. Todo en ellas era mudo: mudo el amor, mudo el dolor, mudo el trabajo, mudo el sacrificio... Era mudo, melancólicamente mudo, su trabajo en los días de feria, cuando había que ir á vender lo que con tanto amor se cuidó todo el año á la ciudad próxima, junto á unos amarillos murallones viejos. Era mudo, desgarradoramente mudo su sacrificio cuando les pedían hijos para la guerra, hijos que ellas daban sin interrogar siquiera el por qué, ese maldecido por qué que nunca puede tener contestación para una madre...

Y ellos y ellas, hombres y mujeres, que amaban ó sufrían calladamente, que encerraban bajo un mismo hosco silencio su felicidad ó su dolor, eran, como las tierras sobre que vivían, almas siempre dormidas, recogidas, aletargadas... En ellas la vida no era el río caudaloso y vario — hoy torrente y rugido y mañana remanso y quietud — que es en todas las almas; en ellas era estanque dormido y manso, siempre sin inquietud y sin oleaje... Y así, mudas, reposadas, inalterables, aquellas almas eran, por su impasible silencio, árboles nacidos y prisioneros de las tierras dormidas con que al cabo volverían á fundirse en nostalgia de su mismo barro...

José MONTERO ALONSO



«Campesina», cuadro del ilustre pintor José López Merquita

LA ESFERA
ESPAÑA HISTÓRICA Y MONUMENTAL



MADRID
RIBAUDA
MENDOZA

Artística puerta del Hospital de la Santa Cruz, en Toledo

FOT. WUNDERLICK

CAMARA-ETC

MOMENTOS HISTÓRICOS

EL MAL FIN DE RIEGO

(7 de Noviembre de 1823.)

Al caer la tarde del 2 de Octubre de 1823 llegaban á la puente toledana y deteníanse en el parador, que aún al tiempo de ahora está en la confluencia de los caminos de Andalucía y Toledo, unos carromatos de los que llamaban galeras, rodeados por furibundos voluntarios realistas.

Aunque el tiempo remedaba muy bien los tristes días del invierno, todo agua y ventisca, no faltaban gentes curiosas que gritaban y danzaban en redor de los plebeyos vehículos. El caso no era para menos: dentro de uno de ellos venía, amarrado y enfermo, más del ánimo que del cuerpo, el caudillo de la Libertad, el redentor de la Constitución, el héroe de Las Cabezas de San Juan; en fin, el general D. Rafael del Riego.

Había tiempo que se le esperaba con los mismos anhelos que aquella agua copiosa de que tan sedienta estaba la tierra, porque el estío fué abrasador, sin que durante todo él se dejase ver en el cielo el crespón de una nube.

El piquete de voluntarios que tenía su cuartelillo en el parador tomó nota del ex caudillo y de los que hacíanle coro en su desventura; eran éstos el capitán D. Mariano Bayo, el teniente coronel piamontés Virgilio Vicente y un inglés llamado Jorge Matías.

Luego de que los defensores del «Altar y del Trono» curaron de apartar al vulgacho soez y fanático, que pugnaba por recibir á los tristes reos con la misma salvaje crueldad con que fueron afrentados en todos los pueblos del doloroso tránsito que traían hecho desde Andújar hasta las mismas puertas de la Villa y Corte de las Españas, mandó el jefe de la conducción que prosiguiera la triste comitiva hacia el Seminario de Nobles, sin entrar en Madrid, para evitar toda agresión de la canalla, que era la misma que un año antes cantaba en torno al ídolo que ahora



EL GENERAL D. RAFAEL DEL RIEGO

estaba tan caído el himno compuesto en su loor y «El Trágala».

Tres ó cuatro graznidos más de las hidras populares, y las galeras siguieron el camino que les marcaron.

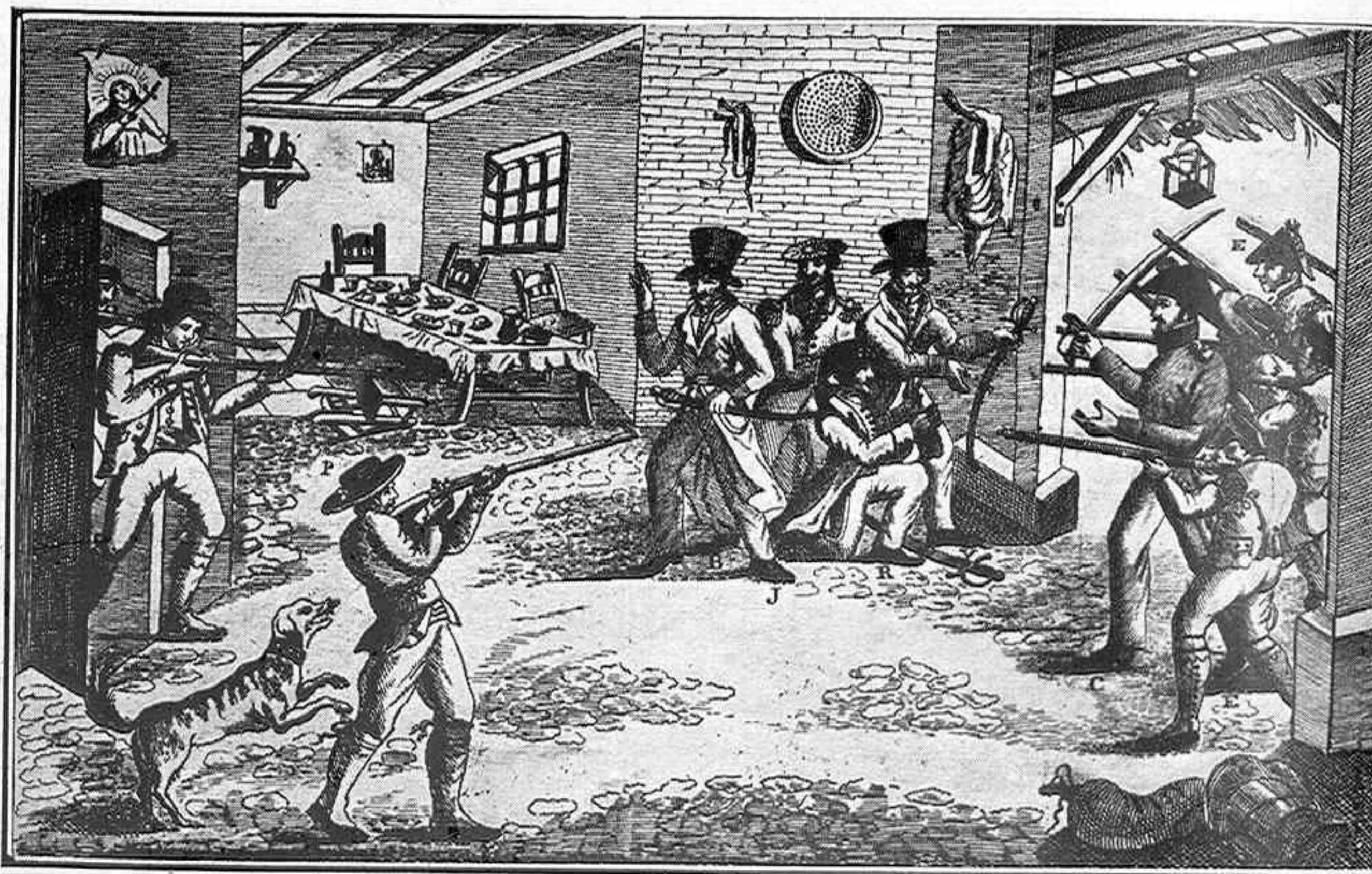
Desde el Seminario, que hasta muy cerca de nuestros días y ya en estado ruinoso se alzó en la calle de la Princesa como hospital militar, fueron trasladados los infelices á la Cárcel de Corte.

El día 27 del mismo mes se vió en la Sala de Alcaldes la causa formada contra el que no mucho antes habíase tenido por el salvador de España.

La acusación del fiscal estaba fundada en el «horroroso atentado cometido en calidad de diputado de las llamadas Cortes, votando la traslación del Rey y su real familia á la plaza de Cádiz, violentando la real persona y llevando la traición al extremo de despojarle de la precaria



EL GENERAL D. RAFAEL DEL RIEGO



Prisión del General Riego el 15 de Septiembre de 1823. (De una lámina de la época.)

autoridad que la rebelión le permitía», por cuyos delitos, y en virtud del real decreto del 23 de Junio, pedía la pena de muerte en horca infamante y el descuartizamiento del cadáver, habiendo de ponerse la cabeza en el lugar en donde diera el grito de «¡Libertad!», y los demás restos del mutilado cuerpo entre Sevilla, la Isla de León, Málaga y Madrid...

La Sala de Alcaldes fué un poco más humana—no mucho—, y suprimió la última parte de la sentencia, substituyéndola por la humillación de conducir al reo al suplicio arrastrado en un serón.

ooo

Pocos casos de tan relajada y vergonzosa cobardía como el de Riego, en sus últimos momentos, registran los tétricos anales de aquel tiempo en que la horca no se quitaba de la Plaza de la Cebada.

No era hombre digno de dar gallardamente su vida por una idea tan hermosa como la que defendiera, más con la vanidad que con el corazón.

Con harta justeza le describió el insigne Galdós con estas despiadadas, pero exactas frases:

«Aquel hombre famoso, el más pequeño de los que aparecen ingeridos sin saber cómo en las filas de los grandes, mediano militar y pésimo político, prueba viva de las locuras de la fama y usurpador de una celebridad que habría cuadrado mejor á otros caracteres y nombres condenados hoy al olvido, acabó su breve carrera sin decoro ni grandeza... Pereció como la pobre alimaña que expira chillando entre los dientes del gato...»

Ya muy desmayado estaba de espíritu desde que por una delación infame cayera en Vilches en las garras de sus perseguidores; pero desde el punto y hora en que oyó la sentencia de su muerte y luego vióse puesto en capilla, fué como caérsele á los pies toda su dignidad de hombre y el poco pundonor que había como militar.

Llorando amargamente aferrábase á la vida, sin que fuese bastante á levantarle el espíritu el

ejemplo varonil que alguien le recordara de otros desdichados que habíanse visto en el mismo trance. Y cuentan que cuando alguno, que con gravísimo riesgo de su propia vida quiso evitarle la afrenta del patíbulo, proporcionándole el medio de que por sí mismo emprendiera aquel viaje postrero que sin ánimos para llevarle á cabo no podía excusar, lleno de terror rechazó el «ofrecimiento»; en cambio abrió de par en par los oídos y asió lastimosamente la pluma para escribir de su puño y letra aquel infamante documento—obligado sin duda—por el que hizo retractación de todas sus convicciones, execrando la Libertad y ensalzando á la Reacción...

Llegó la mañana fatal del 7 de Noviembre, y al punto de las diez fué sacado de la cárcel y puesto sobre un serón, del que tiraba un asnillo no muy lucido. Allí no iba un hombre, sino un espectro sostenido por los hermanos de la Paz y Caridad; en las manos, puestas en cruz y amarradas fuertemente, sustentaba una estampa de la Virgen, que besaba como si cada beso fuera una recomendación de su alma.

Al tiempo de llegar á la Plaza de la Cebada y divisar la horrible silueta de la horca, sufrió un angustioso desmayo, en el que todos pensaron que había tenido la fortuna de dejar la vida; re- puesto gracias á los cuidados de sus agonizantes, comenzó á subir la trágica escalera, siempre sostenido por sus auxiliadores, y en cada peldaño antes de asentar el pie ponía los labios...

Comenzó á rezar el *Credo*, y un brutal empujón del verdugo le lanzó al espacio con el bárbaro ejecutor de la Justicia, á horcajadas, subido sobre sus hombros, que en día no lejano estuvieron lucidos por magníficas y ostentosas charretas.

La muchedumbre bestial lanzó un furibundo «¡Viva el Rey Neto!», y éste, cuando le fué comunicada por su infame esbirro Chaperón que la sentencia estaba cumplida, cuentan que gritó frotándose las manos:

—¡¡Viva Riego!!

DIEGO SAN JOSÉ

CURIOSIDADES
DEL «DON JUAN»

EL BUTTARELLI DE CARNE Y HUESO

PRIMEROS de Noviembre; es decir: peregrinaciones a los cementerios, huesos de santo, castañas y, sobre todo, *Tenorios*. La sombra de Don Juan cruza por el alma del público español, y las bravatas y los madrigales del galanteador sevillano vuelven a triunfar, al igual de todos los años, en los escenarios que estos días sirven de marco a las hazañas del audaz conquistador. Don Juan vuelve. Nuevamente recita su sarta de bravuconerías en la Hostería del Laurel, al comenzar una noche de Carnaval. Nuevamente turba al alma de Doña Inés con el veneno fogoso de sus palabras. Nuevamente se redime por el amor en aquella noche en que llega, empujado por un algo fatal, al cementerio en que sus víctimas duermen para siempre.

Podría hacerse un grueso volumen con todo lo referente al *Don Juan Tenorio*, de nuestro Zorrilla. Sus antecedentes, su estreno, su historia, sus parodias, etc., dan tema para un largo y sabrosísimo tomo destinado a detallar y comentar todo lo relativo al popularísimo drama romántico. Las anécdotas que sobre la interpretación del *Tenorio* se refieren son incontables. Es seguramente la obra dramática que en España ha sugerido más comentarios.

Bien conocidos son los antecedentes literarios del protagonista del drama, del galanteador que aún conmueve al público con sus lirismos en estos días clásicos de Noviembre. Para el tipo central de la obra, Zorrilla se inspiró directamente en Tirso de Molina y en Solís, según él mismo confiesa, y sin conocer el resto de obras que sobre el mismo asunto se habían escrito en el Extranjero. Es decir: que el origen del Don Juan de Zorrilla fué literario, aunque siglos atrás—en la leyenda del caballero Mañara en el siglo XVI—tuviera ese tipo un origen humano y cierto. De origen también literario es la creación de Doña Inés, personaje de que tanto se ufanaba Zorrilla, y á quien consideraba como la nota meritoria que redimía al drama de todos sus demás defectos.

Pero también en el *Tenorio* hay personajes de origen directamente humano y cierto. Tales son Ciutti, el diligente criado de Don Juan, y Buttarelli, el hostelero que sirve á los dos rivales en aquella célebre noche de la apuesta. Ambos fueron de carne y hueso, y Zorrilla los conoció y trató en la época en que el drama era escrito.

Recordemos á este propósito cómo empezó á escribirse la obra. Corría Febrero del año 1844 y volvía á Madrid Carlos Latorre, el célebre actor, que necesitaba inmediatamente una obra nueva. Zorrilla había de entregársela en seguida, pero aún no tenía ni la más leve idea de lo que iba á hacer. Y así, «sin saber á punto fijo lo que iba á pasar ni entre quiénes iba á desarrollarse la exposición», Zorrilla empezó su drama, del que no tenía más que una idea global. En el cuadernillo en que iba á escribir el drama detalló la decoración, presentó al protagonista y trazó la redondilla conocidísima con que empieza la obra. Comenzado el drama, y no sabiendo aún de un modo exacto lo que en él había de hacer y decir Don Juan, Zorrilla hizo hablar á los otros dos personajes que estaban en escena: Ciutti y Buttarelli. Los dos vivían en Madrid y eran conocidos de muchos.

Ciutti era un criado italiano que Zorrilla, con otros amigos suyos, había tenido en el Café del Turco, de Sevilla. Era hombre listo, avispado y hábil, y parece que logró fortuna, volviéndose á Italia después que Zorrilla lo inmortalizó haciéndole acompañar á Don Juan en sus correrías galantes. Buttarelli era también de carne y hueso, y su figura no se forjó en los espacios irreales de la imaginación de Zorrilla, sino que tenía vida real y andaba y vivía como cualquier otro personaje humano.

El Christófano Buttarelli del drama se llamaba en la vida Girolamo Buttarelli, hostelero que hospedó á Zorrilla, dos años antes de escribirse el drama, en la calle del Carmen. El día anterior al en que el gran poeta comenzaba á escribir su obra recibió Zorrilla la visita del hostelero á quien había de inmortalizar andando los años. Cuenta el autor de *Traidor, inconfeso y mártir* que Buttarelli era el hostelero más honrado que había entonces en Madrid. Al venir su padre Benedetto á Madrid, al finalizar el reinado de Carlos III, se había establecido en una casa de la calle del Carmen. Su hostería llevó el nombre

de la Virgen de esta calle. Y cuando Zorrilla estuvo en esta hostería, era ya viejo el hijo de Benedetto, Girolamo, á quien trató y estimó muy sinceramente.

Zorrilla estuvo seis meses alojado en la hostería, en el piso segundo, y según él mismo dice, «tratado á cuerpo de rey por un duro diario». Allí tuvo por compañero de mesa á Nicomedes Pastor Díaz, el gran poeta gallego cuyos restos han sido trasladados bien recientemente á su tierra natal. Compañeros suyos en aquella hostería fueron también un hermano de Pastor Díaz, llamado Felipe, Eugenio Moreno López y Antonio García Gutiérrez, el admirable poeta romántico que en la noche triunfal de *El Trovador* dejó un jalón glorioso para la historia de nuestro teatro.

Girolamo Buttarelli era célebre en Madrid por sus «chuletas esparilladas, las más grandes—habla Zorrilla—, jugosas y baratas que en Madrid se han comido». El hostelero cifraba una honrosa vanidad—*psic transit!*—en la prontitud y el esmero con que las servía. Estas chuletas de Buttarelli tenían en Madrid incontables devotos, y ellas, con unos también admirables *tortellini* napolitanos, constituían la base y

la fama del establecimiento. Literatos, políticos, actores, desfilaban por la hostería de Girolamo en busca de aquellas célebres chuletas, que quién sabe á cuántas ideas no servirían de origen y de apoyo...

Fuera ya de aquella vieja casa de la calle del Carmen, Buttarelli murió pobre, sin la fama y el bienestar que sobre él extendían aquellas sus chuletas bienhechoras. Bien pronto nadie se acordaba ya de su paso por el mundo, donde el buen Buttarelli no quiso ser sino un celoso hostelero honrado, contradiciendo de tal modo á la mayoría de los que le siguieron en el mismo oficio. Pero aunque el recuerdo de su persona y de su vida quedase borrado por completo en las gentes, su nombre y su profesión pasaron al primer acto del *Tenorio*, donde Zorrilla hizo que el nombre de Buttarelli se popularizase y perdurase, en pago, acaso, á la bondad de aquellas admirables chuletas. Y todos los años, cuando llega Noviembre, el popular hostelero repite en la Hostería del Laurel sus preguntas á Ciutti, mientras el Carnaval ríe fuera y Don Juan escribe la carta que hará definitivamente suya el alma de Doña Inés...

FERNANDO CALPENA

UNA BODA REAL



El Príncipe Pablo de Serbia, hermano del Rey Alejandro, con su esposa la Princesa Olga de Grecia, saliendo del Palacio de Belgrado, donde se ha verificado la boda

FOT. VIDAL



CABECITAS
LOCAS
DE
MUJER

¡CUALQUIERA LAS
ENTIENDE!

PRIMERA PARTE

BENIGNO (interrumpiendo el trabajo en que estaba engolfado tranquilamente y saludando á su mujer, que acaba de llegar).—¡Hola, feúcha! Déjame un instante, que en seguida acabo, y vamos á cenar...

TORMENTO (joven, como su marido, y bonita. Con extremada nerviosidad arroja sobre una silla el boa y rompe el guante de un estirón).—Oye: ¿sabes que eres muy tranquilo?

BENIGNO.—¡Ah! ¿Lo dices porque no te he dado un beso? Perdona y tómalo. (Incorporándose para cumplir el ofrecimiento.)

TORMENTO (repeliéndole indignada).—¡Déjame!

BENIGNO.—Mujer: estaba tan metido en esta tarea... Y como iba á acabar en seguida...

TORMENTO.—No, si no es por eso... ¿Sabes qué hora es?

BENIGNO (sin comprender la intención de la pregunta).—Ya te he dicho que acabo en seguida y nos ponemos á cenar...

TORMENTO.—Si no es por ahí... O eres tonto, ó quieres parecerlo... Mira la hora... ¿Y aún quieres que no me indigne tu tranquilidad? ¿Te parece que es hora de venir á casa una mujer decente?

BENIGNO.—Oye, loca: eso debía preguntarlo yo...

TORMENTO.—Porque no lo preguntas lo digo.

BENIGNO.—Pero...

TORMENTO.—Tú mismo has confesado que faltabas á tu deber... Y cuando los hombres, que son todo celos, faltáis á ese deber, es porque no os importa que vuestra mujer falte al suyo.

BENIGNO (soliviantado).—¡Piensa lo que dices!

TORMENTO.—Si te vengo observando hace tiempo... No te preocupas de mí ni de mis salidas y entradas en la casa... Y cuidado que de propósito las hago lo más raras que se me ocurren... Pues, ¡nada! Tú tan tranquilo, sin enterarte...

BENIGNO.—Sí me entero.

TORMENTO.—¡Pues eres un fresco!

BENIGNO.—¡Tormento!... ¡Tengamos la fies-

Junto a la dicha...

De retorno en Madrid, ciudad encantadora, plantel de mil mujeres que animan los paseos, enjambre de bellezas que encienden los deseos cual la Venus triunfante de carne seductora,

en la vida de vértigo que á gozar nos convida se borran los recuerdos, se excitan las pasiones, renace la alegría con nuevas ilusiones y en un vuelo triunfal va pasando la vida.

¡Suave amor pueblerino, claro amor de una hora de estío, adolescente, pálida y soñadora!
¡Yo, que soy de la dicha serviente peregrino,

al pasar por tu puerta, ¡oh, flor de castidad!, no vi que eras tú el hada de la felicidad, y, como un pobre ciego, proseguí mi camino!...

Lorenzo ROLDÁN

ta en paz!... Si tus zancajos no me preocupan, es porque te conozco...

TORMENTO.—O porque no te importan...

BENIGNO (conteniendo prudentemente su excitación).—Mujer: aunque sólo fuera por dignidad, me importarían...

TORMENTO.—¡La dignidad! Empiezo á desconfiar de la que tenga un marido... Observa un detalle en los crímenes por celos: de cada cien, uno es el marido que mata; en noventa y nueve, el amante. Y no vayas á decirme que son más las amantes desleales que las esposas infieles, porque no es así... Es que el amante celoso mata por amor, y el marido burlado, por la fuerza de la dignidad ó del amor propio... Y dignidad y amor propio son cosas tan frías...

BENIGNO.—¡Calla, calla, calla!

TORMENTO.—Y á ti no te importan mis salidas porque no me quieres, sencillamente. (Recalcándolo.) ¡Por... que... no... me... que... res!...

BENIGNO.—Pero, mujer, no seas loca... Te quiero más que nunca. Yo mismo me sorprendo todos los días al amanecer, queriéndote más que la vispera, después de haber pensado el día antes que ya te quería cuanto es posible quererte...

TORMENTO.—Para el teatro estaría eso muy bien.

BENIGNO (conciliador).—Te hablo con toda mi alma...

TORMENTO.—Nadie lo diría al ver tu comportamiento...

BENIGNO.—Es que hoy te quiero de otro modo que no sé explicar, pero que me parece más verdadero... Hoy no tengo más preocupación que quererte mucho, y probártelo trabajando con mayor entusiasmo, para que nada te falte, para que satisfagas todos tus caprichos...

TORMENTO.—Obras son amores...

BENIGNO.—¿Qué quieres? ¿Que te atosigue con celos á todas horas? Para sentirlos te estimo demasiado, y sé el concepto que merezco...

TORMENTO.—Eso es una tontería. A todas horas vemos que el amante vale mucho menos que el marido.

BENIGNO.—Tú eres incapaz de... Te conozco...

TORMENTO.—A la mujer no se la conoce nunca...

BENIGNO.—Tengo confianza ciega en ti.

TORMENTO.—Porque no me quieres. El enamorado desconfía hasta del aire que respira. Cuando no se sienten celos, es porque ya no se ama...

BENIGNO.—¿Qué sabes tú?

TORMENTO.—Por experiencia... Ya ves... Yo era muy celosa... antes...

BENIGNO.—¡Tormento! ¡Hablemos de otra cosa!...

TORMENTO.—Sí. Rehuye la conversación... ¡Si estoy en lo cierto!... Además, eso de la confianza es una temeridad... Porque hay maridos confiados, hay luego mujeres desgraciadas: es lo eterno. El marido confía en ella y la deja salir sola y á su antojo... Y ella es débil... Y un día se acerca un hombre... Que los hay muy atrevidos...

BENIGNO (empezando á sentir celos).—Pero, ¡Tormento! ¿Qué dices? ¿Te ha ofendido alguien en la calle? ¿Ha osado alguien...?

TORMENTO.—De una mirada le habría yo deshecho...

BENIGNO.—Pero... (Aparte.) ¡Ay! ¡Ay! ¿Si estará mi mujer en peligro?

TORMENTO.—Es que no quiero seguir más así: es que si no te preocupas más de mí vamos á separarnos...

BENIGNO (exacerbados los celos).—¿Acaso lo deseas?

TORMENTO.—¡Para vivir con un hombre que no me quiere!...

BENIGNO (loco de celos).—Pues mira: has conseguido lo que querías... Desde hoy se acabó el salir sola...

TORMENTO.—Eso es una grosería... (Con alegría indescriptible y tratando de excitarle más, puesto que para ella tal excitación es una prueba de amor) que no estoy dispuesta á tolerar... (Fingiéndose intencionadamente un interés que no tiene en salir sola.) Yo tengo mis amistades, que hacer mis compras, y no vas á venir á todas horas pegado á mí como un faldero...

BENIGNO (fuera de sí, á punto de golpearla).—¡Tormento!... Aquí no se hace sino lo que yo mando...

TORMENTO.—Siempre que no atente á mi dignidad...

BENIGNO.—Desobedecerme será atentar contra la mía... y ¡no lo consiento!...

TORMENTO (estremeciéndose de placer y queriendo prolongar el goce, piensa:).—¡Sí que me ama!

SEGUNDA PARTE

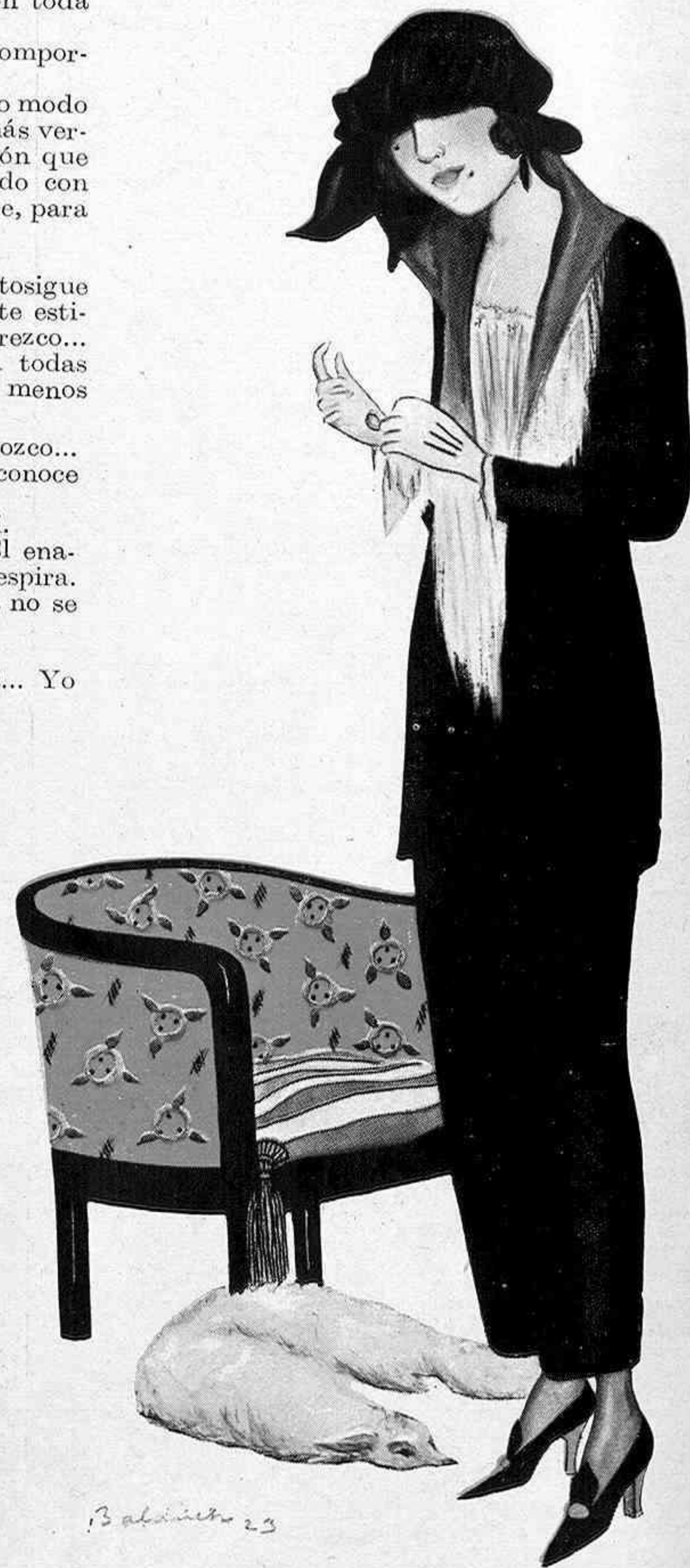
«Querido Benigno: No intentes que abandone la casa de mi madre. Me refugié aquí porque no podía soportar ya más tus celos y tus ridiculeces...

¡Tener celos de mí! ¿Por quién me habías tomado? Los celos no quieren decir amor, sino desconfianza, y esa es una humillación que no puedo tolerar...»

BENIGNO (acabando de leer la carta anterior que le ha enviado Tormento, su mujer).—Pues, señor, ¡cualquiera entiende estas cabecitas de mujer!...

ENRIQUE GONZALEZ FIOL

DIBUJOS DE BALDRICH



B. Baldrich 23

MISERIA DORADA



*Orquestas de negros, danzas modernistas;
bailan las parejas del «jazz-band» al son.
Se exhiben «modelos» de grandes modistas;
sus raras toaletas llaman la atención.*

*Mujeres extrañas de tierras exóticas,
muy solicitadas por los lechuguinos;
bellas otoñales, damitas neuróticas,
á quienes cortejan viejos libertinos.
Mesas diminutas de rojas pantallas
que la luz proyectan sobre los manteles;
testigos que saben de amor las batallas
y guardan secretos como esclavos fieles.
Sirven los manjares pulidos criados,
doncellas gentiles de líneas graciosas,
y que han sido cómplices de muchos pecados
ó protagonistas de historias dudosas.*

*Va una niña, cándida como una paloma,
vistiendo «de largos» por primera vez.
¡Ya se irá perdiendo su fragante aroma!
¡Ya irán desflorando su casta niñez!
Sus ojos atónitos envían destellos;
las damas sonríen con benevolencia;
alaban su casco de rubios cabellos,
mientras la analizan con impertinencia.*

*Narra varios lances «entre caballeros»
un anciano duque de figura extraña;
deslie en su mente golpes financieros
un Creso moderno que bebe champaña.
Un joven cronista, de porte atildado,
dice á las hermosas sus galanterías,*

*y la voz chillona de un afeminado
hace comentarios con sus ironías.*

*Ficticia alegría de ambiente enfermizo
sigue la vorágine del vivir á prisa;
todas las pupilas tienen el hechizo
de la llama inquieta que en ellas irisa...*

*Torpe y buda farsa. ¡Miseria dorada!
Ya no danza nadie del «jazz-band» al son;
parte la puberta desilusionada,
con el alma herida, roto el corazón.*

Miguel PÉREZ FERRERO

DIBUJO DE OCHOA



EN LOS "AMIGOS
DEL ARTE"

QUINTÍN DE TORRE



«Niña pasiega», mármol policromado



«La Verónica», madera policromada

Más que la tradición de los bustos principescos ó de las madonas bonitas donde se adivina el modelo de una cortesana rica; más que la sumisión á normas italianizantes, Quintín de Torre sugiere la idea de un continuador de los imagineros españoles, ungido de la misma enérgica austeridad y el viril fervor de ellos.

No es el apologista plástico de magnates y grandes damas como los florentinos, los toscanos del buen siglo, sino el apasionado contemplador de los sacrificios redentores en los rostros de las sencillas gentes, como los castellanos, los andaluces de otrora.

Quintín de Torre busca preferentemente en las facies humildes la elocuencia armoniosa de los rasgos humanos. Así, su arte carece de toda pompa externa, de toda arrogante soberbia. Es íntimo, recogido, pleno de sentimiento interior, con un sosiego de líneas que no excluye ni desvirtúa la enorme potencialidad espiritual, latente.

Por primera vez Madrid sentirá esa extraña influencia de silencio extático que las obras de Quintín de Torre, entregadas á sí propias, sin ningún contacto ajeno, imponen. Aquí las habían visto perdidas, solitarias, dañadas en lo más profundo de su ternura emotiva, cuando una Exposición Nacional ó entre aquel horrible espectáculo de barracón de feria que fué la Exposición de Bustos Policromados.

Era preciso, no obstante, hallar las obras del escultor vasco en la fraternidad cordialmente peculiar. Así las hemos visto en Bilbao, en Zazagoza, en Barcelona. Y siempre obtenían del espectador el tributo de la voz apaciguada, de los ademanes lentos, del suave arrobo que en cierto modo diríamos místico.

Estado de ánimo harto diferente del expresivo, del sensual optimismo que inflama las palabras y mueve á turbulento cambio de impresiones frente á otra clase de escultura, la levantina por ejemplo, ampliamente matronil ó eúritmicamente pagana, de desnudos en blanco crudo de escayola, blanco caricioso de mármol, rutilante de cerámicas policromías...

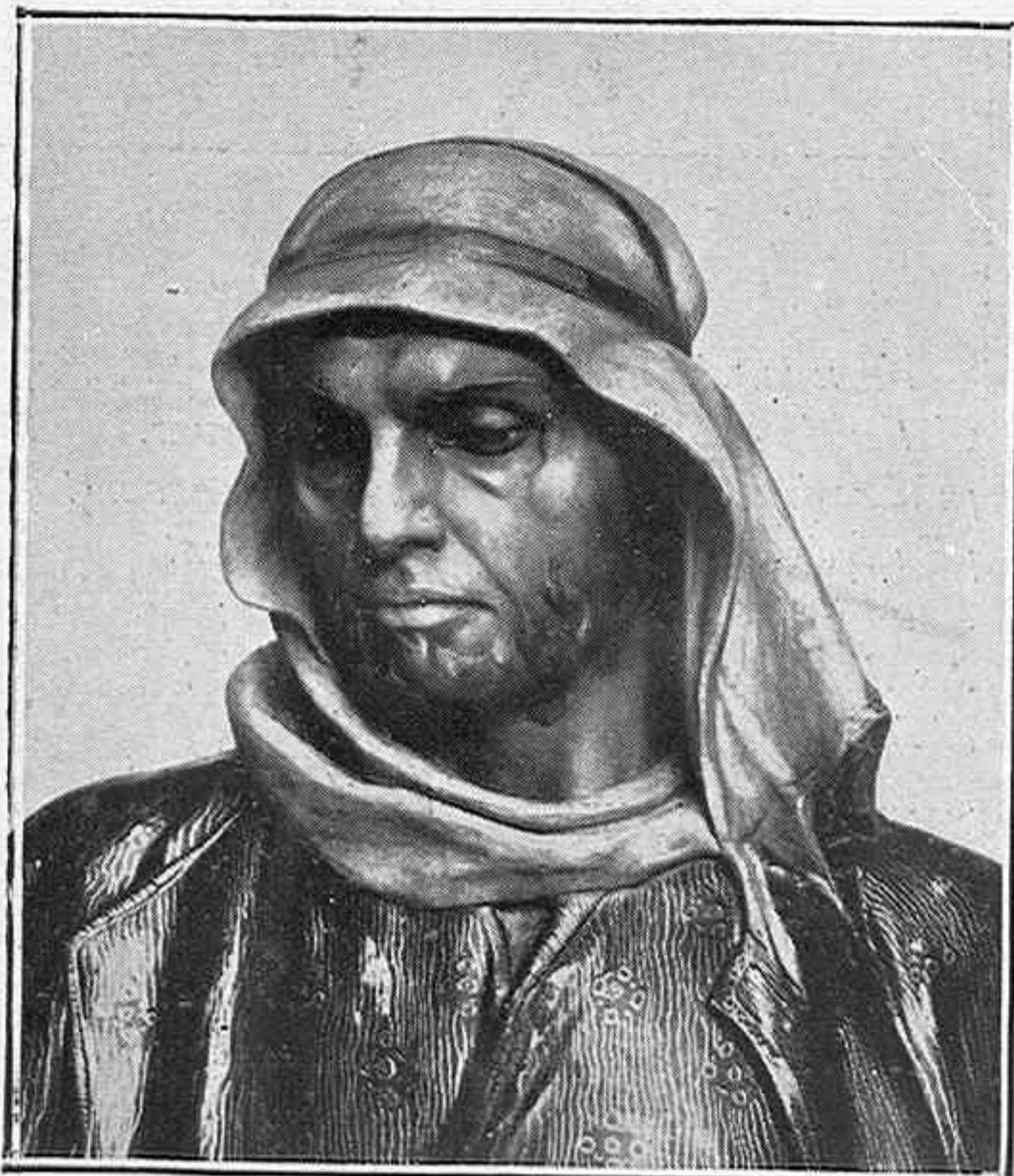
ooo

Quintín de Torre ha reunido en los Salones *Amigos del Arte* una colección selecta de sus esculturas. Algunas todavía conservan el eco de sus recientes sonoridades bajo el cincel y el martillo, ó no ha restañado del todo la pintura la herida de la gubia en la madera propicia. Otras pertenecen á una época anterior del artista. Difícil, no obstante, para el profano ó para el que se sitúa por primera vez frente á las obras de Quintín de Torre señalar un orden cronológico; por como este artista logró pronto la serenidad

constructiva y la profundidad sentimental.

Pero existe, indudablemente, una sutil gradación de superaciones técnicas, de agudezas espirituales. Se puede seguir también el evolutivo avance del artista conforme á la creciente madurez del hombre en una simultánea coincidencia del cambio de ambiente. Quintín de Torre pasa largas temporadas en Castilla, en tierras burgalesas, aislado de los medios artísticos de Vasconia. Vive en un viejo castillo y cultiva el trato de labriegos y pastores, donde—como el alma vasca ayer, en pescadores y obreros bilbaínos—busca los rasgos raciales del alma castellana ahora. Y si se piensa, además, en el otro valor, en el pictórico, de la obra de Quintín de Torre, se comprenderá también cómo la luz neta, la infinita majestad de las celistias de Castilla, el aire límpido y puro de los espacios dilatados, han tenido que añadir al concepto cromático del artista unas sugerencias distintas de la luz del Norte y de los términos inmediatos y las veladuras brumosas, bajo el hálito colmado de nostalgias del mar.

Rara vez Quintín de Torre interpreta en su totalidad la figura humana. Acaso no recordamos sino para la aportación á un concurso de monumentos ó como inevitable sumisión á un encargo, estatuas de Quintín de Torre. Concreta



«San Pedro», madera policromada
FOTS. ZÁRRAGA

y resume, por el contrario, su elocuencia factural en cabezas, ó cuando más en bustos.

El mármol y la madera son sus materias favoritas. Desdeña el bronce por como se escapa en la fundición la obra á los últimos toques personales del creador; cierto que aún le queda el recurso patinarle á su placer; pero no hay tan íntima, tan estrecha relación entre la obra y el artista que la produce como en el mármol y en la madera.

Admiten, además, la policromía, que es una de las características bien definidas del admirable escultor. Suave, pulposa, carnal semejanza de vida hecha sangre y latidos interiores respiran esas mujeres, esas niñas, un poco tristes y soñadoras, de Quintín de Torre. Vigorosa y sobria riqueza de imágenes castellanas y andaluzas de otro tiempo muestran con sus estofas áureas, sus carmines rútilos, sus azules profundos y su sverdes nobles, los varones tallados reciamente para recibir luego, con ingenua reminiscencia bautismal del Nuevo Testamento, nombres de cristiana añoranza, glorificaciones verbales que no logran divinizar del todo el fuerte ímpetu humano de sus rasgos.

ooo

Oscilan la inspiración y la técnica de este imaginero del siglo xx entre un idealismo apasionado, trémulo de románticos deliquios, y un naturalismo no exento de rudeza un poco prejuzgable. Y podríamos afirmar que se halla más á gusto y más feliz de resultados en el primer caso que en el segundo. De aquí su más acabada perfección, su mayor riqueza de sentimiento en las figuras femeninas que en las viriles.

Patéticas Vírgenes morbosamente saboreadoras del placer de sufrir; mujeres consumidas por un amor ó una dolencia incurables; pubescentes de mirada tranquila y precoz melancolía en la pureza recta de su boca. Un encanto tiernísimo, una delicadísima emoción de forma y de pensamiento se hallan contenidos, como un aroma sutil en un bello recipiente, en estas cabezas femeninas.

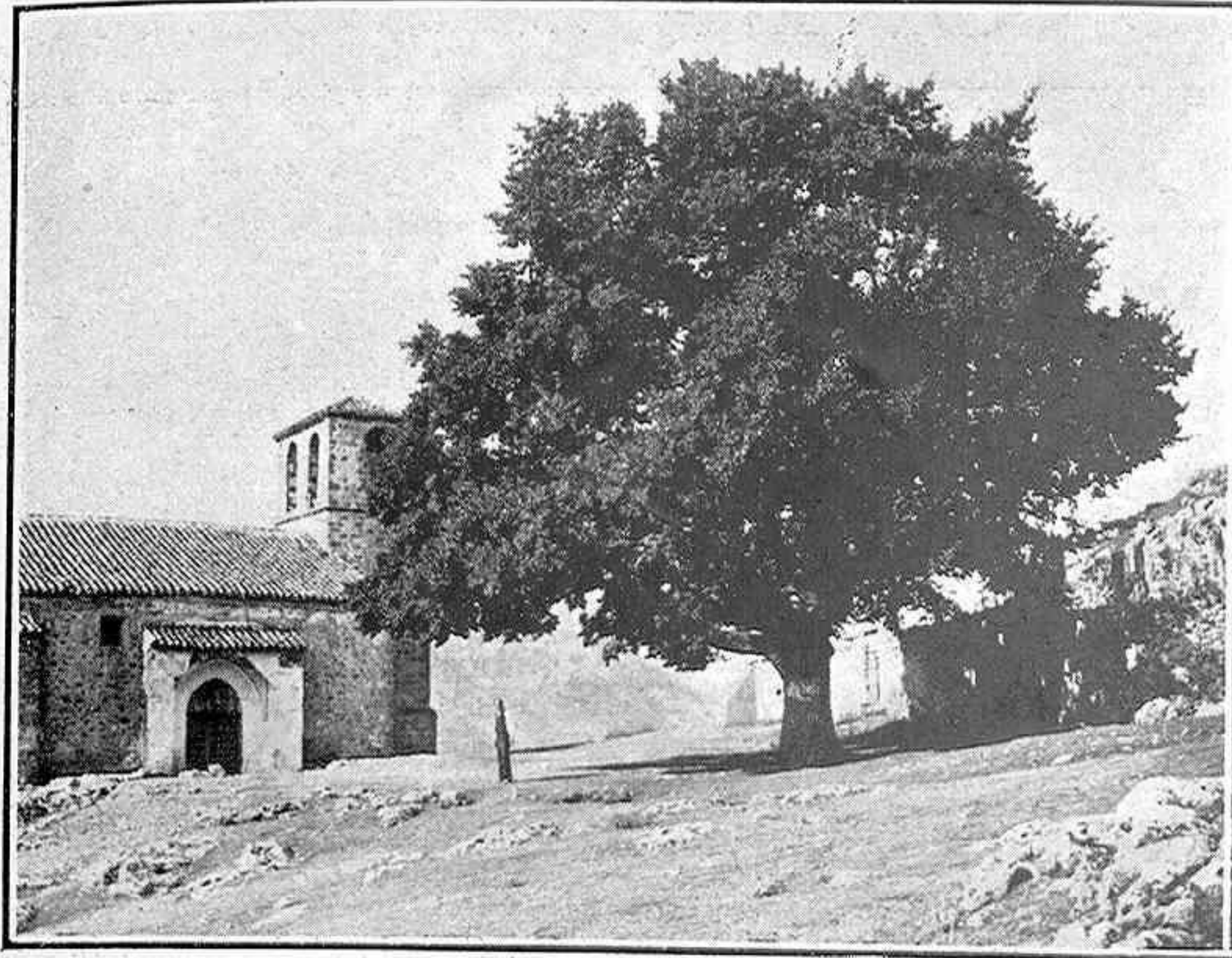
Nunca sonrían; jamás expresan el contento pagano de vivir; pero tampoco la amarga vergüenza del pecado. Diríase que el artista se inclina sobre el alma femenina de un modo generoso y puro donde no hay esa rijosa complacencia del donjuanismo español, ni el otro erróneo impulso de la misoginia fanática.

Y es precisamente esa amable piedad hacia la mujer una de las cualidades mejor definidas en el artista que ahora Madrid puede y debe contemplar para comprender cómo la moderna escultura española, además de tantas excelencias que acusan su renacimiento actual, no carece del don de la ternura.

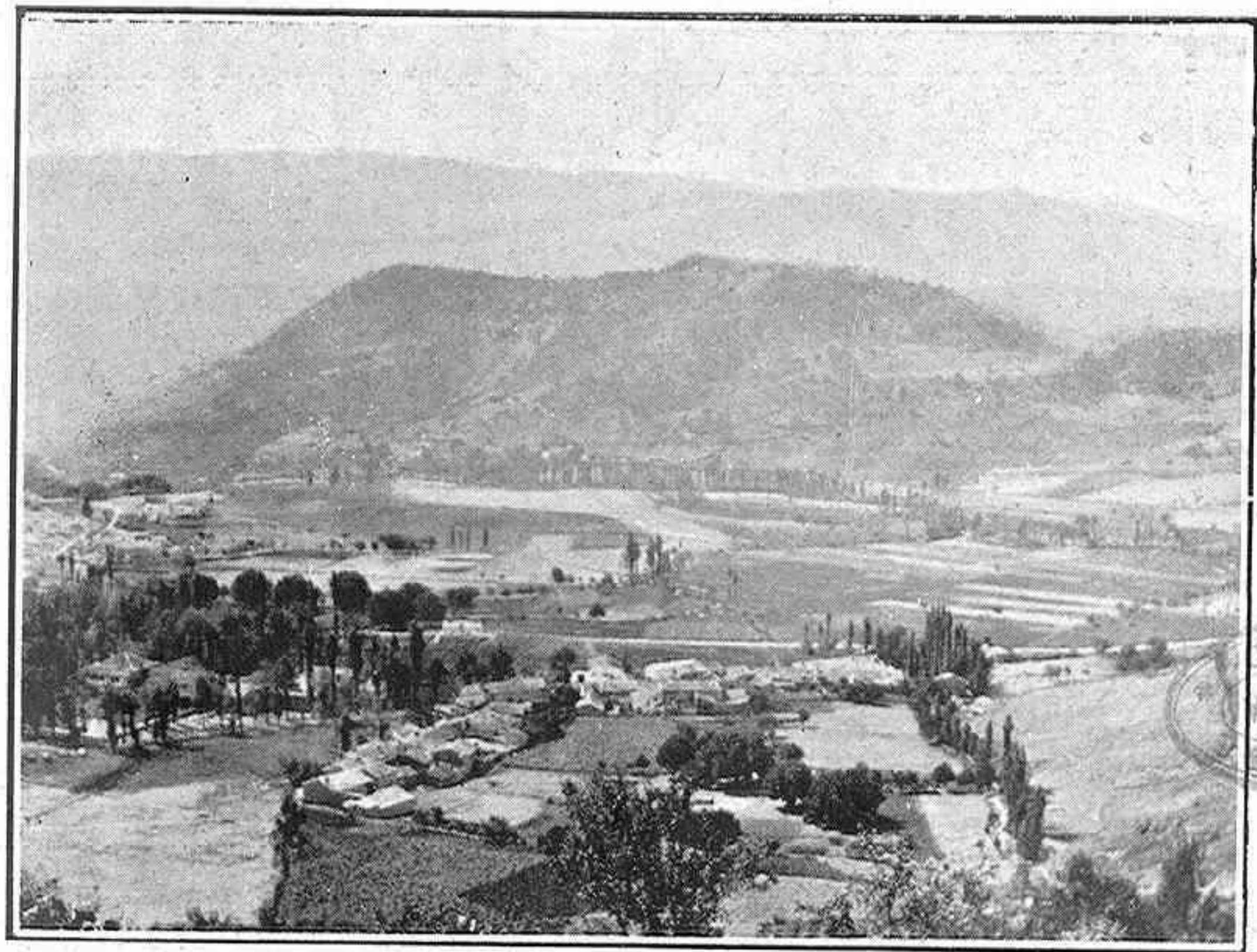
SILVIO LAGO

RINCONES DE ESPAÑA

R I O P A R



Iglesia Parroquial en cuya puerta hay un álamo notable



Panorama de las Fábricas de San Juan de Alcaraz

FOTS. ROMÁN

EN nuestro suelo patrio, que tantas riquezas de todo género atesora, existen aún parajes casi desconocidos ó completamente ignorados, que si han sido acaso estudiados por el geólogo ó bajo el punto de vista geográfico, no lo han sido por arqueólogos y artistas, que encontrarían en ellos tesoros arqueológicos y sitios de extraordinaria belleza; y el turista ó viajero que los visitara quedaría sorprendido por espléndidos panoramas y encantos sinnúmero.

La Sierra de Alcaraz es uno de estos sitios privilegiados y desconocidos, y, debiéndose esto último á la falta de comunicaciones, se da el caso curioso de encontrarse en ella restos de caminos cartagineses y vías romanas que la cruzaban por su parte más agreste, y en lugares ahora insignificantes se registran las ruinas ó emplazamientos de antiquísimas poblaciones, tales como Bigerra (hoy Bogarra), ciudad de la Bastetania, citada por Publio Cneo Escipión, que aliada con los romanos, fué sitiada por los cartagineses el año 214 antes de J. C.

En el corazón de esta Sierra, cerca de las hoy abandonadas Fábricas de San Juan de Alcaraz con su bellissimo panorama, y teniendo en sus cercanías las dos mayores alturas del reino de Murcia: Pico de la Almenara y Calar del Mundo, se encuentra la villa de Riopar. Situada en la cima de un peñasco casi inaccesible, puede decirse que sólo se la ve cuando, escalado éste por el único punto posible que sirve de subida, se tropieza con las casas que forman la casi única calle del pueblo, teniendo enfrente, sobre la

parte más alta de la peña, las ruinas de fortísimo castillo.

En la plazoleta que separa el pueblo de la parte baja del castillo, hoy convertida en cementerio, se alza la antigua iglesia parroquial, pequeña, pero interesante, y ante ella un hermoso álamo, notable por su extraordinaria corpulencia, sombrea toda la explanada. La impresión que produce este pintoresco y extraño pueblo es de las que no se olvidan fácilmente.

Algunas obras de Geografía (entre ellas la tan conocida de Madoz) señalan, en las inmediaciones de Riopar, las ruinas de la antigua ciudad de Miraflores. Datos interesantes recogidos por mí en un curiosísimo manuscrito que se conserva en la Biblioteca Provincial de Toledo aclaran esta noticia. Refiriéndose á Riopar, dice que «esta villa, antes de la irrupción de los moros en España, se hallaba situada tres tiros de bala distante de donde hoy está, en un sitio que llaman la Dehesa, como lo demuestran sus vestigios y ruinas, conociéndose actualmente sus calles y plazas». Llamábase la ciudad Miraflores de la Sierra, tomando este nombre, sin duda, por lo ameno y florido del terreno, en el que se crían muchas hierbas medicinales, bañándolo el arroyo de la Dehesa, y tenía dentro de sus plazas tres abundantes fuentes de agua excelente.

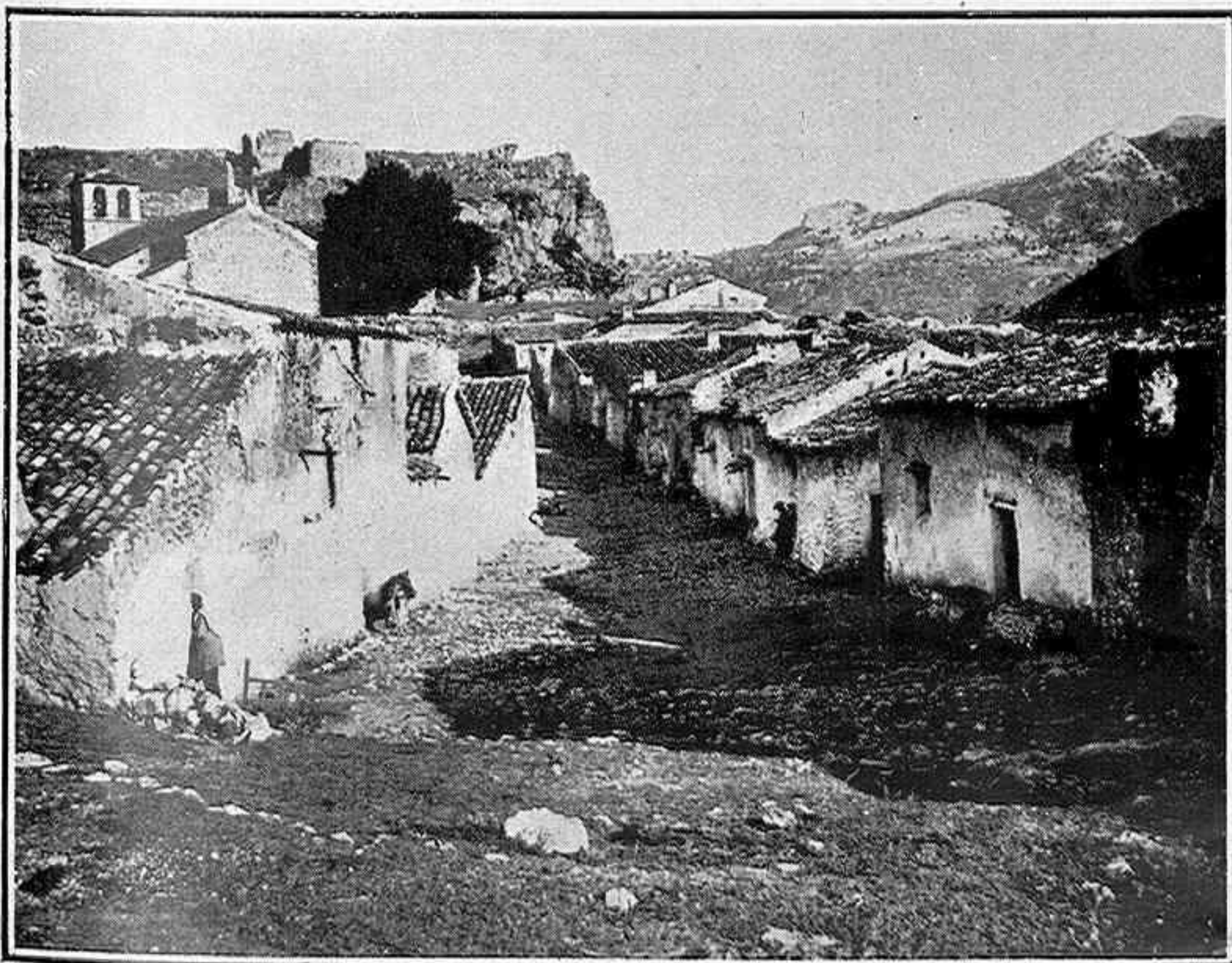
«Después que los moros entraron en España, como para su establecimiento y permanencia iban buscando los sitios más encumbrados», arruinaron, indudablemente, esta ciudad por

estar en tierra llana, y la fundaron en el elevado peñasco en que hoy se halla, inexpugnable en aquellos tiempos, guarneciéndole de fuertes muros y construyendo un gran castillo que llamaban Castillo de la Yedra por la mucha que crían estos peñascos y vestían sus muros; y como no había fuente alguna en este sitio, construyeron una cañería que conducía el agua desde la fuente llamada el Prado del Arca hasta lo alto del castillo, donde tenían su aljibe. Esta cañería, en el transcurso de tantos años, llegó á obstruirse; y deseosa la Justicia de esta villa de aliviar á sus vecinos del insufrible trabajo que tenían en subir el agua, en el pasado año de 1783, luego que se supo de esta cañería determinó conducir por ella el agua del mismo sitio que los moros», lo que se consiguió con suma facilidad poniéndola en medio del pueblo.

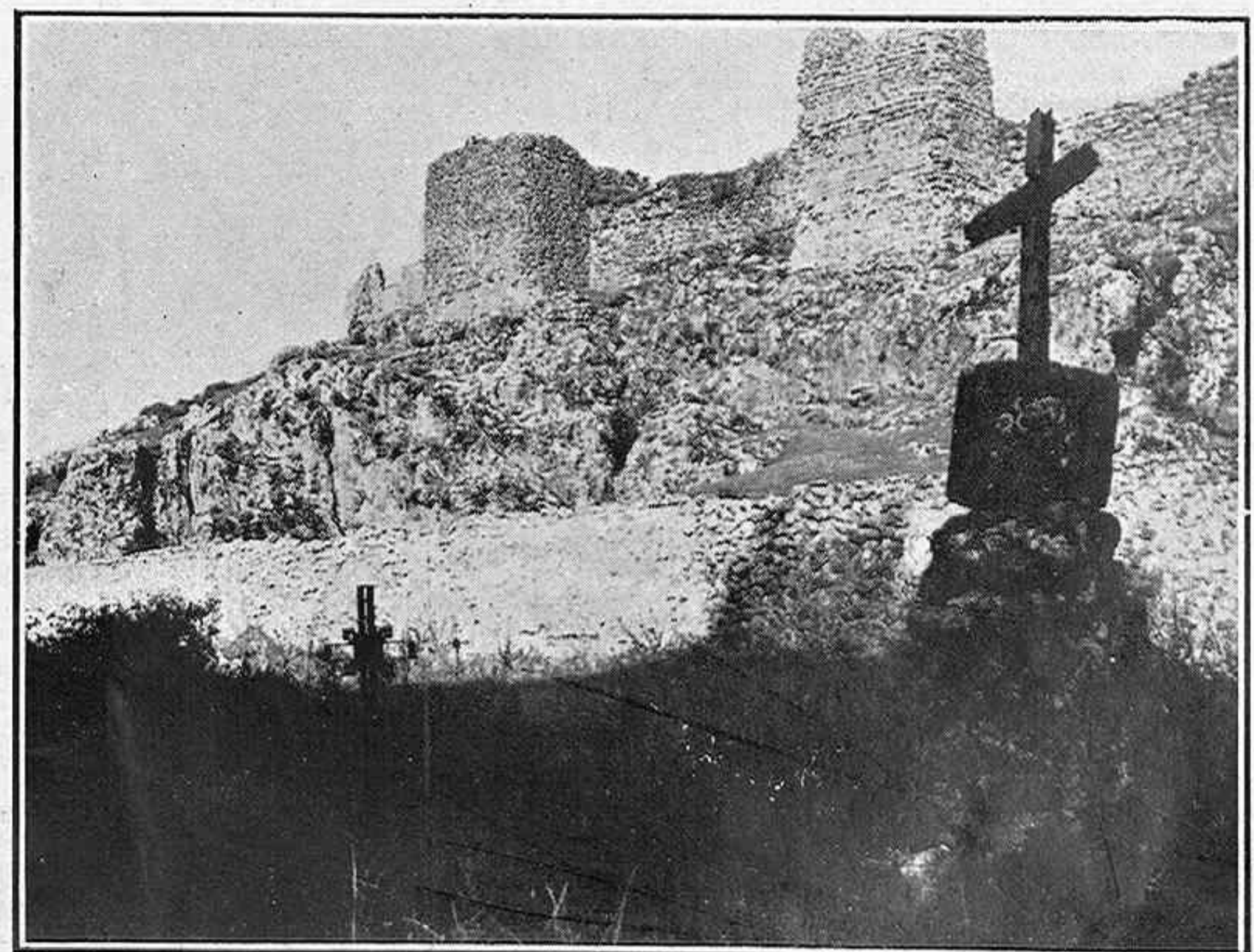
Después de la expulsión de los árabes, los Reyes Católicos hicieron donación de esta villa, de la de Cotillas y Castillo de San Vicente Mártir á D. Pedro Manrique y á su hijo D. Rodrigo, condes de Paredes, con privilegio de nombrar Justicia, percibir alcabalas, tercios Reales y otros derechos por haberla ganado á fuerza de armas al Rey de Portugal, quien tenía usurpados estos derechos.

Las armas de esta villa (que en 1784, fecha del manuscrito, sólo contaba setenta vecinos) son dos castillos y cuatro calderos, parte de las que tiene la casa de los condes de Paredes.

PEDRO ROMAN MARTINEZ



Una típica calle de Riopar

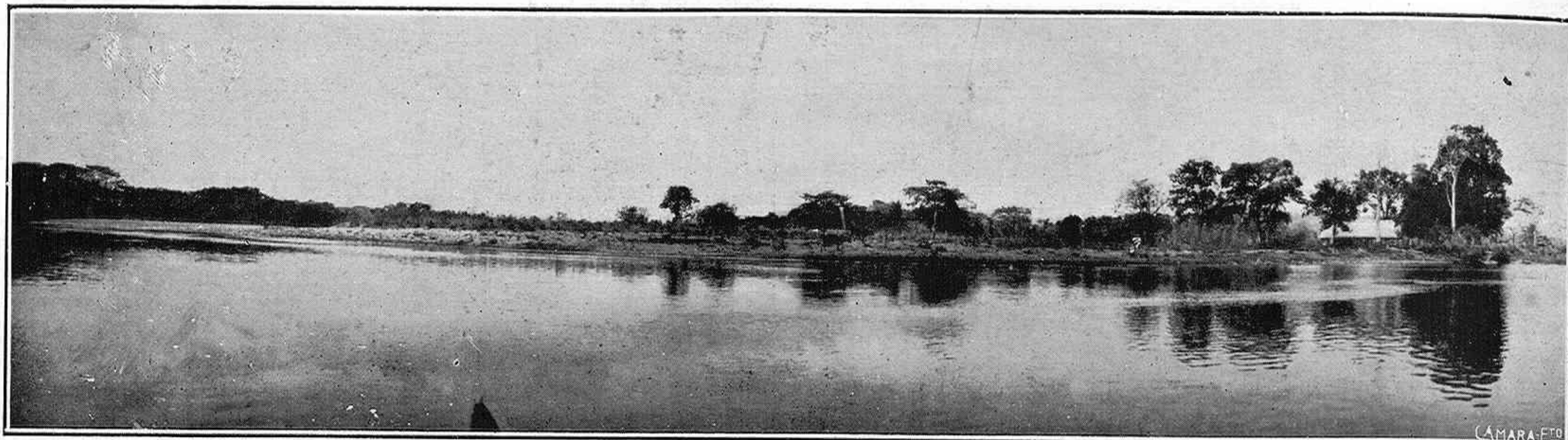


Ruinas del Castillo de Riopar



POR TIERRAS DE AMÉRICA

LA CIUDAD DE LOS CREPÚSCULOS



Un atardecer en Aguas Apureñas

FOT. COLL

Como á Granada, como á Florencia, á Caracas, la «sultana del Avila», se le puede llamar la ciudad de los crepúsculos.

Otras ciudades tienen el estruendo, el renombre, el vértigo, la pulcritud, la paz. Caracas tiene la luz. Luz mágica de Tabor, luz fastuosa de gema, luz insinuante y turbadora de ojos de mujer...

Nada nuevo ni sensacional diría el viajero que ahora la recuerda enfebrecido si declarase que á la capital de Venezuela le faltan varias cosillas y le sobran otras para competir con capitales no ya sudamericanas, sino europeas. Cien mil habitantes escasos, instalados en viviendas de planta baja nada más, dan poco de sí bajo cualquier cielo. Quedan, además, en aquella población, vivaz y menudita como sus mujeres, resabios coloniales, peculiaridades de vieja provincia española, que coaccionan en cierto modo. Se ven demasiados «chaquets»; se fundan, para morir, ¡ay!, á escape, demasiadas revistas literarias; se conoce demasiado á demasiadas personas; se vive, finalmente, allí como en un gran hotel ó un patio colosal, con su escuela de «comidillas» y de alfilerazos y de campanitas puramente vecinales ó—según los mismos caraqueños dicen—de «parroquia». Lo mismo que en Toledo, en Zamora ó en Huesca.

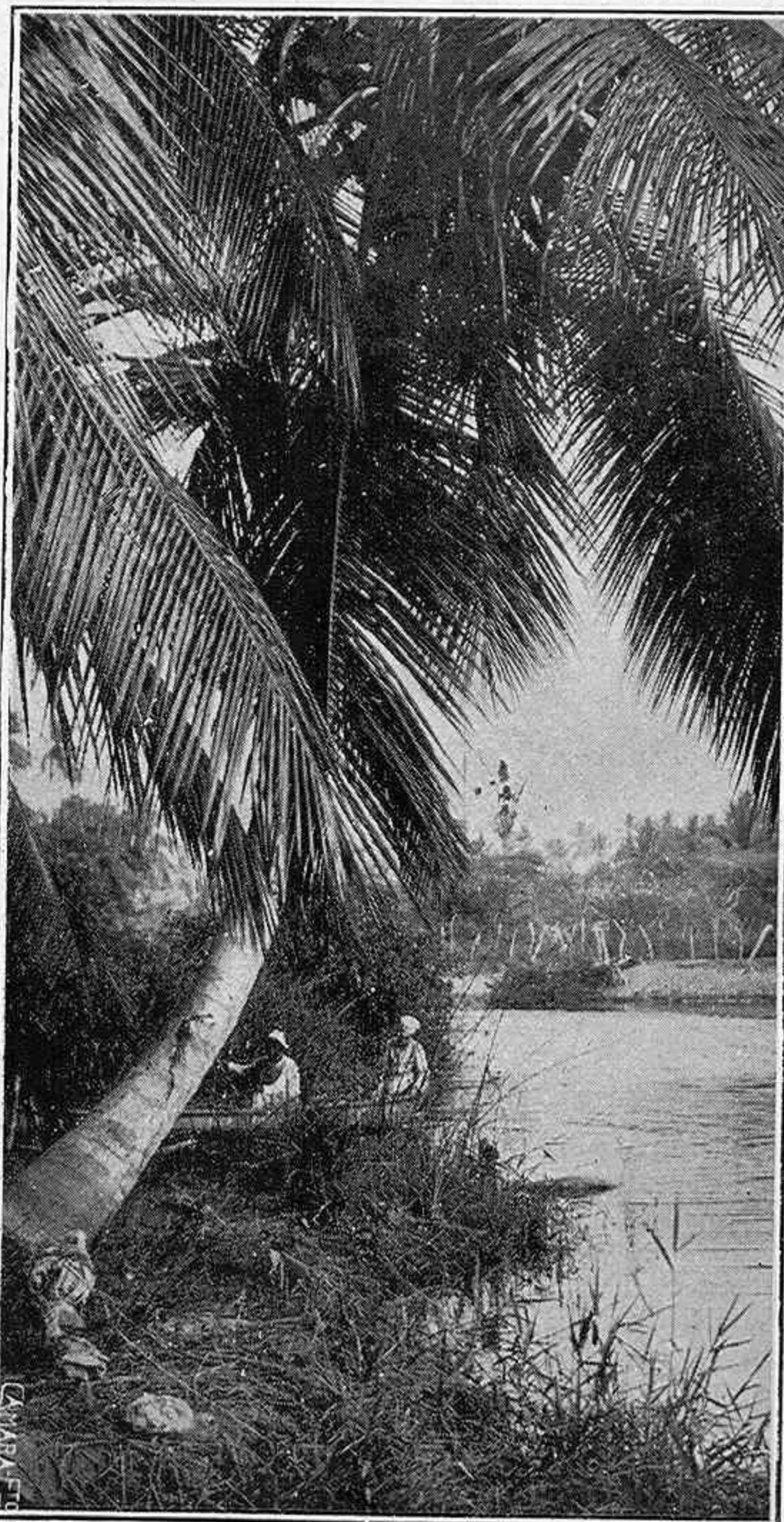
Y adviértase que no se apunta, al decir esto, defectos ó lacras—muy de estas Españas—, á fin de cuentas; indícanse rasgos característicos de los de mayor bulto y relieve. Vaya la verdad por delante y poéticela y embellezcála, con su brujería, la distancia...

Caracas, como cualquier otro rincón de la tierra, tiene de todo. Y mucho de la Madre Patria, bueno y malo. Allí subsisten aún portales y prejuicios, penachos y suspicacias, altiveces y rejas. Más de una vez, y por más de un motivo amable, imaginamos muchas veces, al pisar aquellas calles, que no habíamos salido de la de Alcalá ó del Paseo de Rosales... ¡Y todavía se discute, con gravedad terrible, si hay ó no hay raza! Desde las «Gradillas» caraqueñas á las Rondas matritenses, existen muy contados metros. Y si la Compañía Transatlántica quiere que medien treinta y siete días, lo hace, por lo visto, «para despistar». Al fin y al cabo, manteniendo la embustería remuneradora de la distancia, subsiste una literatura—muy estimable, desde luego—que encarece la hermosura de las travesías largas y ahonda el sentimentalismo de las epístolas recibidas con unas cuantas semanas de retraso.

En consecuencia, se debe afirmar que, faltándole á Caracas tres ó cuatrocientos mil vecinos más, tiene la luz, una luz incomparable y acaso única en el mundo. Los numerosos poetas jóvenes de allí, muchos de ellos notabilísimos, lo saben, y los pocos pintores que aquel país está hechizando empiezan, como quien dice, á advertirlo. El ilustre Tito Salas, que, con valer tanto, se acuerda poco de su patria, en punto á homenajearla con sus pinceles de maestro, sabe cuán cierto es lo que acabamos de consignar. Por añadidura, Caracas bulle al pie de un coloso de piedra, un gigante alternativamente hosco y reidor, el monte Avila, monarca y tirano, mago y ángel, que habría enloquecido á nues-

tro señor D. Diego Velázquez, y hubiera agravado la dionisiaca embriaguez de los venecianos del «Resorgimento». Nuestra Sierra guadrumeña, tan sutilmente matizada y matizadora, con su nieve y su azul en Mayo, es, junto á aquel prócer Avila, una aprendicilla «adelantada» y nada más...

Apenas llega el viajero á Caracas, cuando la obsequiosidad de lo nuevo le solicita y halaga penetrantemente, la luz es lo primero que, deslumbrándole, susurrá á sus oídos: «Por mal que lo pases aquí, lo pasarás á gusto. Esta ciudad no posee, arquitectónicamente, maravillas: no tiene á docenas los Museos, ni los Alcázares ni las anchurosas avenidas; pero, ducha y maestra en el arte de embelesar poco á poco y en silencio, sin contorsiones ni estridencias, yo velo por sus recónditos atractivos, y con mis taumaturgias trueco en retablos las encrucijadas y en ta-



Maiquetía (Caracas).—Un cocotero

pices los percales. Cuando el desaliento te domine y la nostalgia de otros puntos de la tierra te deprima y derrote, sube hacia «El Calvario», hacia «La Pastora», hacia «El Paraíso» y anégate en el beleño de mis solicitudes y se te avivará el apetito de vivir»...

No engaña esta vocecita. Caracas, con sus calles numeradas—de lo que no hace caso—y con todas las esquinas bautizadas con nombres pintorescos, de tradición ó de belleza, recuerda en no pocos pormenores deleitosos á más de una población andaluza. Las casas, con sus aleros saledizos y sus ventanas enrejadas y sus paredes pintadas de azul, de rosa, de almagra, evocan españolerías moribundas en la Península, que el cretinismo irremediable de la mayoría de nuestros concejales y nuestros arquitectos deja perecer. Lo bajo de las edificaciones corrige, favorecedor, la relativa angostura de las calles, y todas ellas, por los cuatro puntos cardinales, ofrecen un fondo de paisaje frondoso, esmeraldino, á la asturiana, que endominga los ojos...

Disponiendo de tanto espacio, la luz cae sobre la ciudad con efusiones de madre, y la enriquece, amplifica y engalana. Hundida en el terciopelo de un valle pródigo, el Avila, por un lado, y una serie de colinas afelpadas, por la otra, dan á Caracas amorosa exigüidad de estuche. Durante el ímpetu del día, ríe, opulenta, pagana, segura de sí. Mas apenas principia á anochecer, se la ve espiritualizarse, suspirar quedito, temblar de belleza y de sugestión. Y entonces sobreviene la compensadora, la inefable fiesta del crepúsculo.

Bajo la claridad bermeja del Poniente, casi todas las fachadas rojas convierten á Caracas en un vasto islote de rosas, comarca de corales y de tornasoles. No es una combustión, ni siquiera un rescoldo enorme; no se trata de un certamen de resplandores, sino de una confabulación de pétalos. El aire adquiere transparencias increíbles, y el matiz se enjoya con persuasiones alucinantes. Toda la gama del rojo se expande, se desmaya, se exalta en parsimoniosa prodigalidad. Mengua la claridad y se enardece el misterioso sortilegio de las perspectivas. Las ramas de los árboles son encaje; el silencio logra, jerárquicamente, ser caricia.

¡Cómo se desmaterializan las cosas! ¡Cómo se engrían y aristocratizan bajo aquella luz!... Ante ella, envuelto, subyugado, metamorfoseado por ella, el forastero se siente tan invadido por el estupor como cualquiera de los conquistadores que llegaban á la virgen feraz con la retina y el espíritu reseco por la adustez de las estepas castellanas. Si en alguna parte del mundo la belleza puede parecer extasiada y muerta de un narcisismo contagioso, es allí. Sólo las puestas de sol, admiradas desde el Albaicín ó desde la colina de Fiésolle, podrían eclipsar las que los altos de «El Calvario» brindan. Y aun el forastero, que acaba amándola ardentemente, se quedaría para siempre en aquella asombrosa fábrica de crepúsculos, si no menudeasen los zancudos, como se llama á los mosquitos de trompetilla, y los orfebres, que es el nombre que se da por las «Gradillas» á los poetastros...

E. RAMIREZ ANGEL



EL AMOR ES CIEGO

pero sabe distinguir siempre, por su olfato certero
y delicado, el perfume intenso y persistente de la

ESENCIA FLORES DE PRIMAVERA

nueva creación de la Perfumería Gal.

Violeta. - Rosa. - Jazmín. - Bouquet.
Chipre. - Heno. - Clavel. - Lilas. - Muguet.

Frasco, 5 pesetas en toda España.

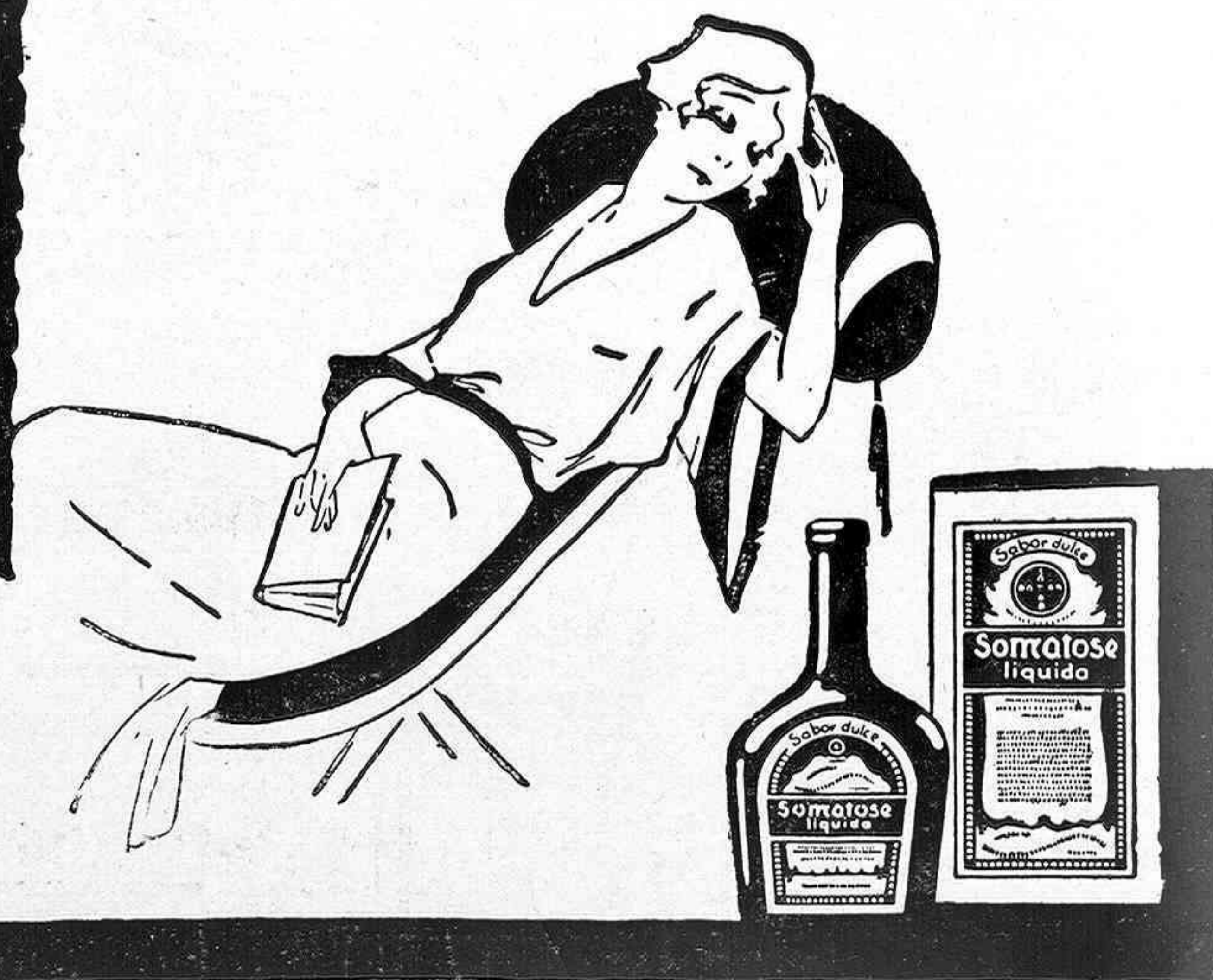


La alegría de
vivir vuelve de nuevo.

La anemia, debilidad e inapetencia son a menudo la consecuencia de una alimentación inapropiada. La mala digestión impide que el organismo reciba las substancias necesarias para su desarrollo y fortalecimiento. Para estimular el apetito y mejorar la digestión emplee Vd. solamente

Somatose

aperitivo y reconstituyente por excelencia.



ESPEJO EN TINIEBLAS

NOVELA DE
ALEJANDRO LARRUBIERA

(Ilustraciones de BARTOLOZZI)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar

Calidad en los autores :: Cantidad en la lectura :: Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

LA NOVELA SEMANAL

Los corresponsales de **PRENSA GRÁFICA** en provincias y en el Extranjero, los vendedores de periódicos en todas las localidades, las librerías, los quioscos y puestos de venta de periódicos, las Bibliotecas de las estaciones de Ferrocarriles de todas las redes españolas, tienen á la venta ejemplares del número corriente **TODOS LOS SABADOS**, y de números atrasados en cualquier momento. Unos y otros se venden al precio único de

25 céntimos ejemplar en toda España

**MAQUINARIA
DE UNA
FABRICA DE HARINAS**

con molturación
de 15.000 kilos

SE VENDE

DIRIGIRSE A

D. José Briales Ron
San Antonio.—Camino de Churriana
MALAGA



¿Quiere usted enterarse de lo que es
la Relatividad?
¿Quiere usted conocer estas teorías
SIN ESFUERZOS, SIN DIFI-
CULTADES, SIN CONOCI-
MIENTOS MATEMATICOS?

LEA USTED
la obra de Vizuetz

**“Einstein y el Misterio
de los Mundos”**

La más comprensible para todos.
La más clara, interesante y suges-
tiva de cuantas se han escrito sobre
las ideas del famoso físico alemán,
por su método explicativo y por las
numerosas ilustraciones.

Pedidos á «Editorial Arte y Ciencia, C. A.»
San Sebastián, 2, bajo, dcha., Madrid

**INGENIERIA Y
CONSTRUCCION**

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante
entre las revistas técnicas, no viene a com-
petir con ellas. Su orientación es diferente
a todas las demás y su presentación única.
Se ocupará principalmente de

- ~ Ingeniería civil,
- ~ Minas y metalurgia,
- ~ Electricidad y mecánica,
- ~ Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del téc-
nico y del industrial, y su modesto precio de
suscripción (30 pesetas año) está al alcance
de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

Lea usted hoy sábado

**La Novela
Semanal**

L.T. PIVER

PARIS

Las Esencias... Jabones
Polvos de Arroz... Lociones
de las

Perfumerias

**AZUREA
FLORAMYE
POMPEIA
GERBERA**

son muy apreciados porque
son suaves, tenaces y delicados

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



**NUEVO
MUNDO**

Revista popular

ilustrada

50 céntimos
en toda España

HESPERIA

Revista teosófica y poligráfica

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª
MADRID

Esta importantísima Revista, única en
su género en los países de habla caste-
llana, y que dirige el insigne Dr. Roso
de Luna, ha entrado ya en el segundo
año de su publicación.

Precio de suscripción en España:
10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.
Hay colecciones completas del año 1.º,
al precio de 10 ptas. Descuento del 25
por 100 á librerías y corresponsales.



La alegría de
vivir vuelve de nuevo.

La anemia, debilidad e ina-
petencia son a menudo la
consecuencia de una alimen-
tación inapropiada. La mala
digestión impide que el orga-
nismo reciba las substancias
necesarias para su desarrollo
y fortalecimiento. Para esti-
mular el apetito y mejorar
la digestión emplee Vd. sola-
mente

Somatose

! aperitivo y reconsti-
yente por excelencia.



CAMION

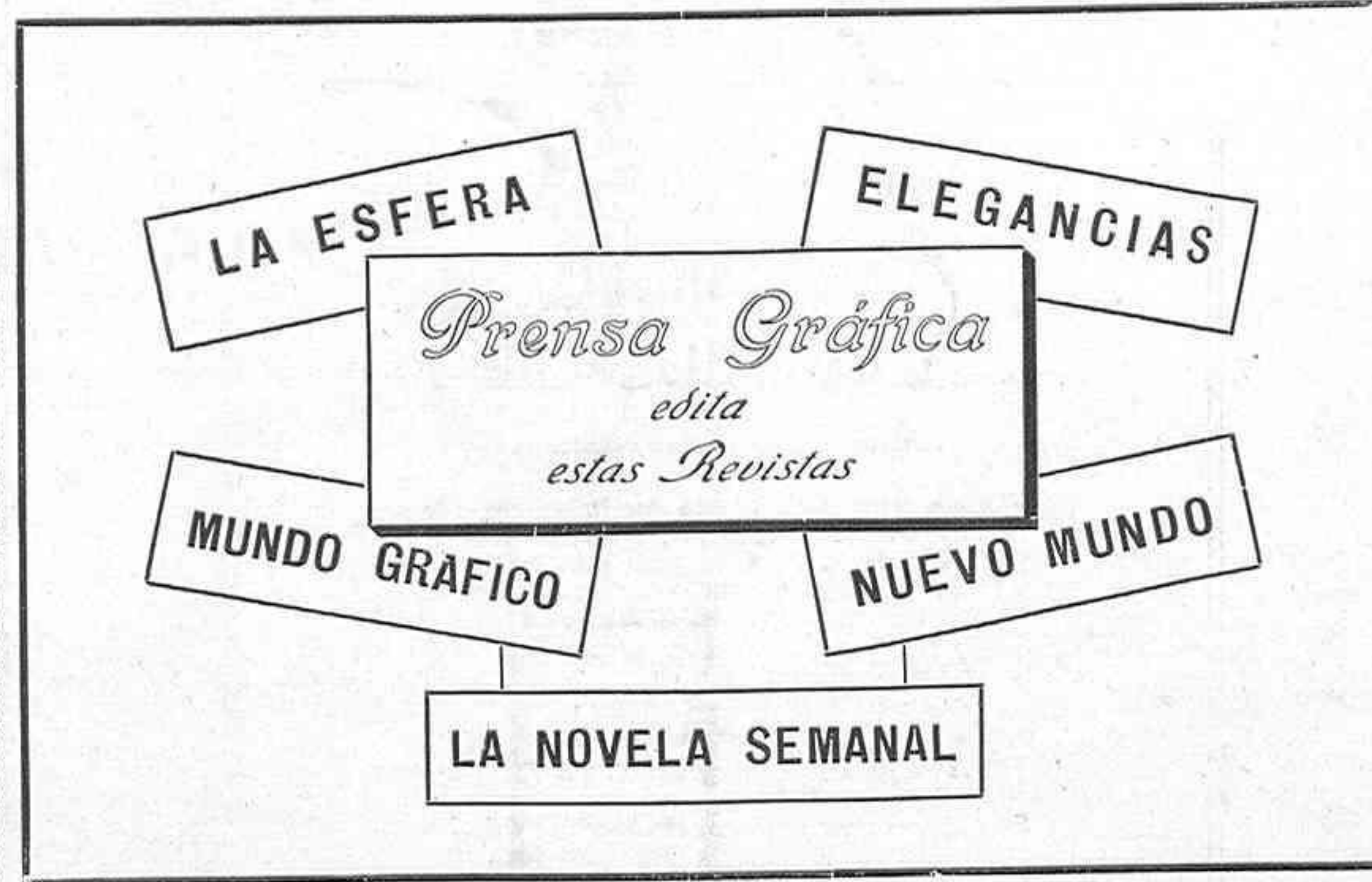
MARCA

«MAGIRUS»

40 HP., cuatro á cinco toneladas de carga útil, en magnífico estado, con sus correspondientes bandajes macizos, completamente nuevos

SE VENDE EN CONDICIONES DE VERDADERA GANGA

Puede verse en el Garage Regina
General Pardiñas, 15

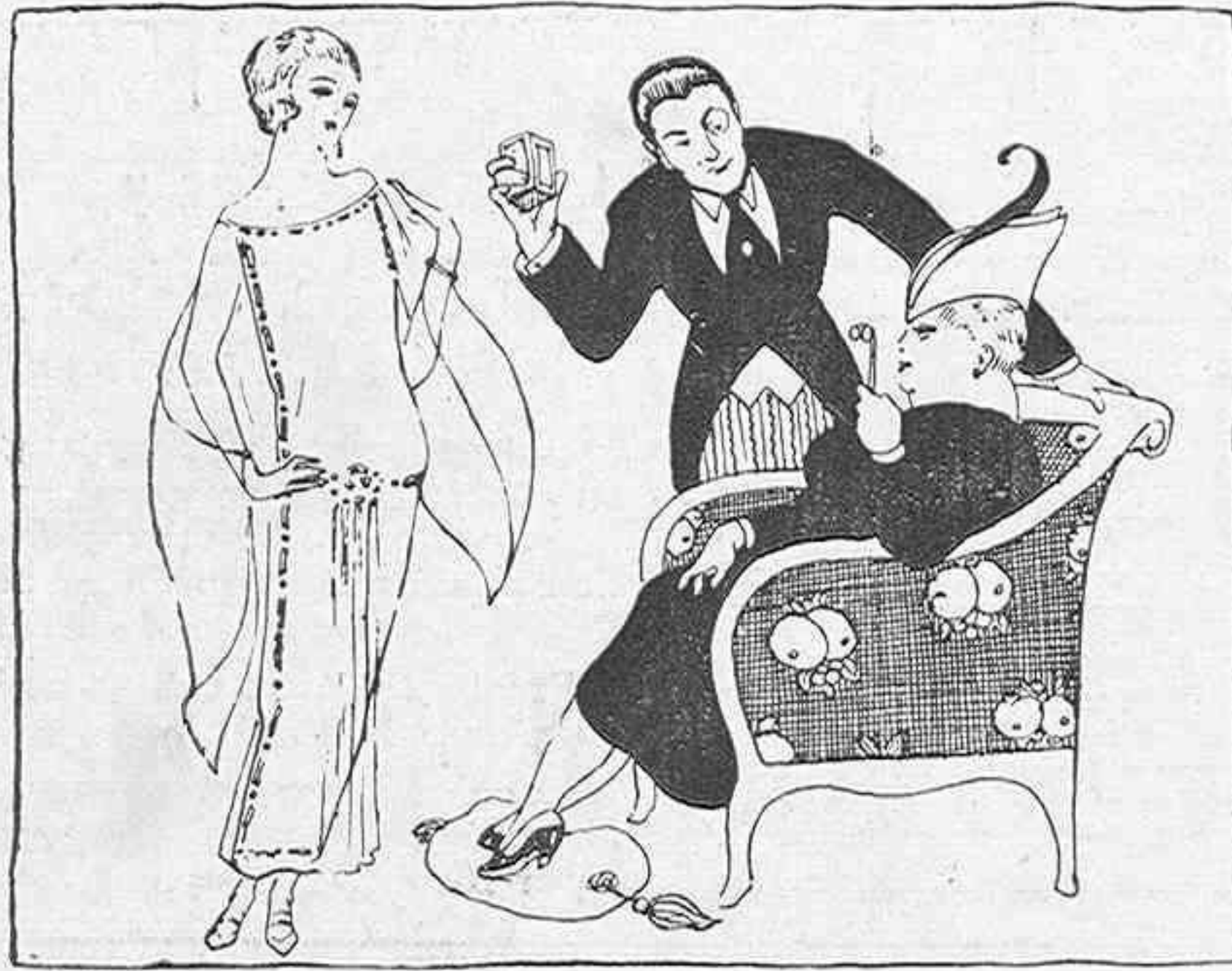


SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

PECHOS Desarrollo, belleza y endurecimiento en 2 meses con **PÍLDORAS CIRCASIANAS** Doctor Brun
137 AÑOS DE ÉXITO MUNDIAL ES EL MEJOR RECLAMO!
6 pesetas frasco. Centros de específicos y principales Farmacias de Europa.



CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO



Un baño alterno deliciosamente perfumado con

SALES CLARKS

le devolverá rápidamente su primitiva esbeltez, sin régimen y sin peligro. Ptas. 2 en las Perfumerías, y en Bilbao, Apartado 317.



Patente española

HOMBRES

E. Geiger, Bertrán, 104, Barcelona (S. G.)

El vigor sexual en todas las edades se consigue con el aparato mecánico «VIRILITY». Pídase folleto explicativo de 10 páginas del doctor en medicina Kurt Schiller



Patente inglesa



En todas edades



LA CRÈME SIMON PARIS

no tiene rival para el cuidado y embellecimiento de la piel. Extenderla sobre la epidermis húmeda.

POLVOS y JABÓN



ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

EVITA LA CAIDA DEL PELO LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO

AL ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.